

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

encuesta para un escándalo

KEITH LUGER



El alcalde de Unionville, William Nilsson, lanzó una carcajada.

—Esto es una bomba... Una auténtica bomba...

Su secretario Clark Blood reía también.

Cada uno de ellos tenía en las manos un ejemplar del diario *El Centinela de Unionville*.

—Acaba de barrer a su rival, alcalde —dijo Clark Blood—. Desde ahora, ningún ciudadano votará a Preston Collier.

—Eso es lo que yo creo.

Publicada por editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 182, en el año 1965.



Keith Luger

Encuesta para un escándalo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1336

ePub r1.0

Lds 07.09.18

Título original: *Encuesta para un escándalo*

Keith Luger, 1965

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El alcalde de Unionville, William Nilsson, lanzó una carcajada.

—Esto es una bomba... Una auténtica bomba...

Su secretario Clark Blood reía también.

Cada uno de ellos tenía en las manos un ejemplar del diario *El Centinela de Unionville*.

—Acaba de barrer a su rival, alcalde —dijo Clark Blood—. Desde ahora, ningún ciudadano votará a Preston Collier.

—Eso es lo que yo creo.

Los ojos del alcalde se fijaron en las dos fotografías de la primera página. Arriba, en letras grandes, se leía: «Una dama que prospera».

Las fotografías correspondían a la misma persona, según rezaba al pie, la señora Collier, pero había una gran diferencia entre ambas.

En la de la izquierda se veía a la señora Collier con un vestido de calle muy recatado, sonriendo, saludando al fotógrafo. En la otra, la misma mujer estaba en lo alto de un pequeño escenario, cubierta con muy poca ropa, y esa poca se la estaba quitando. Era indudablemente una bailarina de *strip-tease*.

—Escuche esto, alcalde —dijo el secretario y leyó un párrafo del artículo del periódico—: «La señora de Preston Collier, con el nombre de Karen Robson, trabajó hace tres años en el *music-hall* de Nueva Orleans llamado La Llama Roja. Podemos asegurar que el espectáculo era del género “burlesque”, el menos apropiado para una futura alcaldesa... Nosotros nos preguntamos: ¿Nos hará el honor la señora Collier de obsequiarnos con uno de sus famosos números?».

El alcalde William Nilsson rió otra vez a mandíbula batiente.

—Clark, es un trabajo de primera categoría. Voy a felicitar ahora mismo a Sean Lawton.

El alcalde marcó un número.

—¿Sean...? Le habla William Nilsson.

—¿Cómo está, señor alcalde?

—Acabo de leer su información de primera página.

—¿Le gusta, alcalde?

—Yo diría que bastante...

Sean Lawton rió desde el otro extremo del cable.

—Es usted un pirata, Nilsson... Y también un hombre suertudo... Gracias a mí, ha resultado elegido.

—Los comicios no se celebrarán hasta dentro de seis semanas...

—Sí, alcalde. Es cierto... Pero después del artículo y de esas hermosas fotografías de la señora Collier su rival tendrá que emigrar de nuestra ciudad... A no ser que ahora pretenda una plaza de barrendero.

—Le estoy muy agradecido, Sean. ¿Quién hizo el descubrimiento?

—Fue cosa de Eric Brent... Ya le dije una vez que el muchacho era ambicioso y que llegaría lejos...

—Felicítelo en mi nombre y dígame que, si sigue por ese camino, algún día será premio Pulitzer.

—Desde luego. Le trasladaré sus buenos deseos... A propósito, alcalde, quería hablar con usted acerca de aquel asunto. Ya sabe, tengo algunas dificultades con el propietario del edificio.

—Oh, sí, lo recuerdo, Sean. Venga cuando quiera y hablaremos...

—Muchas gracias, alcalde.

Nilsson colgó el auricular y miró a su secretario.

—Clark, recuerda que hemos de solucionar lo del arriendo de Sean Lawton. Convince al señor Johnson para que le prorrogue el contrato por otros cinco años.

—Sí, señor alcalde.

—Presiónalo como sea.

—Descuide, El señor Johnson prorrogará su contrato a Sean Lawton.

—Otra cosa. Fue Eric Brent quien escribió el artículo descubriendo el pasado borrascoso de la señora Collier... Incorpora

al muchacho a mi campaña electoral.

—No puede hacerse de una forma efectiva.

—Ya lo sé. Pero, desde ahora, Eric Brent ha colaborado en la redacción de mis discursos. Y eso sí se puede hacer.

—Desde luego.

—Asígnale trescientos semanales...

—¿Por cuántas semanas?

—¿Están bien ocho?

—Eso hará un total de dos mil cuatrocientos que el joven Brent recibirá muy gustoso.

El alcalde sonrió.

—Eric Brent me acaba de prestar un servicio mayor que si hubiese redactado todos mis discursos.

En aquel momento se oyó el sonido del interfono.

El alcalde dio vuelta a la llave y se inclinó.

—¿Qué hay, Doris?

—Acaba de llegar el *sheriff* Garrick. Quiere hablar con usted.

—Está bien. Que pase.

El alcalde cerró el circuito.

—Dame un cigarro, Clark.

Su secretario le alargó la caja de los cigarros.

El alcalde tomó uno y lo mordisqueó.

La puerta se abrió dando paso al *sheriff* de Unionville, Paul Garrick.

El también traía su ejemplar del *Centinela*.

Paul Garrick era alto, grueso, de cara ancha, con doble papada. Padecía de los bronquios y su respiración, en el silencio, recordaba a una cafetera en el momento de soltar el brebaje.

Se quedó muy serio en el centro de la estancia y, tras dirigir una mirada a Clark Blood, fijó los ojos en el alcalde.

—¿Quién ha hecho esta cochina cosa? —señaló con el dedo índice la primera página del diario.

—Eh, ¿qué le pasa, *sheriff*?

—Preston Collier nunca habría sido elegido alcalde y usted lo sabe, Nilsson.

—Se está equivocando, *sheriff*. Lo hace por partida doble. En primer lugar, mi partido y yo no tenemos nada que ver con esa hediondez de la señora Collier. He sido tan sorprendido como usted.

No tenía la menor idea. Acabo de hacer una llamada a Sean Lawton para felicitarlo.

—¿Es cierto eso?

—*Sheriff*, no me gusta que pongan en tela de juicio mis palabras —el alcalde agitó el puro señalando al *sheriff*—. Ahora va la otra equivocación, Garrick... Opino que Collier era un enemigo peligroso. Usted dice que no habría sido elegido pero yo opino lo contrario. Con la nueva situación, admito que ha dejado de ser un enemigo...

El *sheriff* Garrick no dijo nada.

Se oyó el traqueteo de sus bronquios.

El interfono zumbó.

—¿Sí, Doris? —preguntó el alcalde.

—La señora Sullivan desea hablar con usted.

—¿Ha dicho qué quiere?

—No, alcalde, pero por su tono de indignación, opino que le va a hablar de la señora Collier.

—Está bien. Pase la comunicación al número tres.

El alcalde tomó uno de los auriculares.

—Buenos días, señora Sullivan.

—Alcalde, esto es indigno... Resulta terrible darse cuenta de pronto que una mujer que hemos recibido en nuestra casa es una cualquiera.

—Tranquilícese, señora Sullivan.

—Me temo que no me puedo tranquilizar, señor alcalde... Estoy abochornada... Lo estoy más que en cualquier otro momento de mi vida... Imagínese, la señora Collier, una bailarina de *strip-tease*. Como usted sabe, la señora Collier es la secretaria de nuestra organización y yo soy la presidenta.

—Sí, señora Sullivan, lo sé.

—Presentaré mi dimisión, si la señora Collier no se retira de la directiva. Y debo hacerle constar que mis compañeras me apoyan en bloque...

—Señora Sullivan, yo mejor que nadie conozco sus acrisoladas virtudes ciudadanas... Ha hecho mucho por esta comunidad. Estoy seguro de que todavía ha de hacer más... Este asunto será resuelto a satisfacción de todos... Sólo le ruego calma. Una de ustedes puede llamar a la señora Collier. Bastará una ligera indicación para que

ésta se de cuenta de que su presencia en esa directiva de Damas Caritativas no es deseable.

—Creo que tiene razón, señor alcalde... Ahora mismo me voy a ocupar de eso. Gracias.

—No hay de qué, señora Sullivan. Póngame a los pies de las señoras que la acompañan en su magnífica obra.

El alcalde colgó y dio una chupada al cigarro.

Observó al *sheriff*, que continuaba en el centro de la estancia.

—Es un gran día, alcalde —comentó Garrick.

—Sí, confieso que lo es.

El representante de la ley movió pesadamente la cabeza.

—Imagino que sacará fruto de esta situación.

El secretario del alcalde intervino:

—Desde luego, *sheriff*. Vamos a golpear en caliente.

—¿Qué se te ocurre, Clark? —preguntó el alcalde.

El secretario de Nilsson, Clark Blood, de rostro bien parecido, sonrió con los ojos muy brillantes.

—¿Qué le parece esto, alcalde?... Haremos una encuesta.

—¿Una encuesta? ¿Para qué...?

—Es la mar de sencillo, alcalde... Organizamos varios equipos de investigadores de la opinión pública... Estarán integrados por hombres y mujeres que se introducirán en los hogares de nuestros ciudadanos... El cuestionario de preguntas será algo parecido a esto: «¿Cómo opina usted que debe ser la mujer de un funcionario público?». Otra pregunta: «¿Cree usted que la esposa de la primera autoridad municipal debe ser una mujer intachable?».

—Eres muy astuto, Clark. ¿No le parece, *sheriff*?

—Sí, lo es —asintió Paul Garrick.

El secretario se acercó a la mesa en que se encontraba Nilsson.

—Los electores van a recordar durante estas dos semanas que la esposa de su rival Preston Collier fue una bailarina de *music-hall*... Una mujercuela que se quitaba la ropa en un escenario a la vista de los espectadores, a cambio de unas monedas...

Sobrevino una pausa.

El alcalde Nilsson dio una chupada al cigarro y mientras arrojaba el humo dijo:

—Sí, Clark... Has tenido una buena idea... Haremos una encuesta para ese escándalo.

CAPÍTULO II

Preston Collier, candidato a la alcaldía de Unionville, se escanció una porción de *whisky* en el vaso.

Bebió un trago.

Sus ojos fueron de nuevo a las fotografías de la primera página del diario.

Oyó pasos a sus espaldas, y al volver la cabeza, vio salir del dormitorio a su mujer, Rosalind, que llevaba una maleta en la mano.

—¿Qué significa eso, Rosalind?

—Lo he pensado bien. Me voy.

Preston dejó el vaso de *whisky* en la mesa y se levantó.

—No puedes estar hablando en serio.

—Es lo mejor.

—Yo soy quien decide qué es lo mejor para los dos.

—Si me separo de ti ahora, podrás continuar tu carrera...

—¡Al diablo con mi carrera!

—No eres sincero contigo mismo. Sé con qué ilusión estás haciendo tu campaña. Me lo has dicho muchas veces... Quieres acabar con ese equipo de hombres venales que administran la ciudad.

—Sí, Rosalind. Es cierto. Quiero barrer del Ayuntamiento a William Nilsson y a su pandilla y lo voy a conseguir.

—Ahora no podrás.

—Ya he pensado lo que voy a hacer. Demandaré al periódico por libelo. Demostraré que tú no eres esa mujer, la bailarina de *strip-tease*.

Rosalind Collier era esbelta, de rostro muy bello, ojos grandes de un color azul.

Inspiró profundamente.

—No puedes demostrar que hayan mentido.

Preston la miró con el ceño fruncido.

—¿Quieres decir que... recuerdas todo eso... que fuiste una bailarina de ese género...?

—No, Preston. No lo recuerdo... Mi mente sigue perdida. No puedo saber quién fui... Pero el mismo hecho de que ignore mi pasado significa que yo debo ser esa bailarina.

Hubo un silencio entre los dos esposos.

—Rosalind, ¿por qué no haces un esfuerzo? ¿No puedes recordar si estuviste en Nueva Orleáns?

—¿Esfuerzos...? He hecho muchos para recordar quién era yo... Pero no ha valido de nada. Tú lo sabes, Preston... ¡No han servido de nada!

Preston sacudió la cabeza.

—Sí. Lo siento.

—Me iré de tu lado. Te dejaré vivir. Te escribiré dándote mi nueva dirección. Así podrás plantear el divorcio.

—¡No quiero oírte hablar de eso!

—Tus electores sabrán comprender.

—¡Me importan un rábano mis electores!

—No puedes arruinar tu vida. ¿Es que no lo comprendes, Preston? No serás alcalde. Tendrías que soportar muchas cosas.

—Muy bien. Nos iremos de aquí.

—¿Irnos de Unionville?

—Eso he dicho.

—No puedes, Preston. Es tu ciudad...

—Sí, de acuerdo, es mi ciudad. Quise hacer algo por ella... Creí que valdría la pena, pero si ellos me rechazan no puedo atraparlos uno a uno y decirles: «Oiga, amigo, quizá sea cierto, quizá mi mujer fue una bailarina, pero ahora es la más noble, la más fiel de las esposas...».

El teléfono se puso a sonar.

Los dos lo miraron.

—¿Por qué no atiendes la llamada? —preguntó Rosalind.

—He recibido seis durante la última media hora... Imagino lo que va a decir la persona que está a la otra parte del cable. Tienen poca imaginación... Se repiten demasiado.

La campanilla seguía sonando.

Rosalind dejó la maleta en el suelo y caminó hacia la mesa donde estaba el teléfono.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Preston—. Deja, lo cogeré yo...

Tomó el receptor y oyó una voz agria:

—Es usted un puerco, candidato... ¿Cómo se le ocurre aspirar a ser el alcalde de nuestra ciudad con una mujer como la que tiene...? Llévela a un burdel y ganará unos cuantos dólares.

Preston dejó bruscamente el auricular en la horquilla.

Luego, Preston bebió un largo trago de *whisky*.

Hubo una pausa.

—¿Qué dijo? —preguntó Rosalind.

—Nada de importancia.

—Mientes muy mal... Te habló de mí... Pero eso es natural. Estás casado con una cualquiera.

—¡No digas eso!

—Mi decisión es la mejor.

Preston fue al lado de ella.

La tomó por los hombros.

—Rosalind, si esto no se arregla, nos iremos los dos.

—No, Preston. Sería absurdo.

—¿Por qué sería absurdo?

—Adonde quiera que fuésemos, estarías recordando constantemente lo que ha pasado aquí... Nuestra vida sería un infierno...

—No voy a consentir que esta gente nos destruya...

Hablaré con John Tomlinson. Si su partido sigue otorgándome la confianza, lucharé... ¿Lo oyes bien, Rosalind? ¡Lucharemos...! Nunca me ha gustado tirar la esponja o doblar la rodilla... Cuando empecé esta pelea, sabía que iba a ser difícil... Ahora me han dado un golpe bajo.

—Y te han ganado.

—¡No! ¿Lo oyes? ¡No! Llamé antes a Tomlinson y le pedí que me concediese unas horas para hablar con algunos miembros de la Junta. He de ir con ellos... Tú esperarás aquí a que yo vuelva.

—Sí, Preston.

La besó fuertemente en los labios.

—Todo acabará bien, Rosalind.

—Ojalá no te equivoques...

Preston salió de la casa.

Al quedar a solas, Rosalind cerró los ojos y se apretó las sienes con la mano.

Soltó un grito cuando la campanilla del teléfono se puso a sonar.

Dio unos pasos hacia la mesa pero se detuvo.

Tenía miedo de escuchar lo que le dijese.

El timbre sonaba con machacona insistencia.

La joven se mordió el labio inferior.

Finalmente se decidió a tomar el auricular.

—¿Hablo con la señora Collier? —dijo una voz femenina.

—Sí.

—Oiga, señora Collier... Le tengo reservado un lugar en mi casa... Ganará mucho dinero conmigo... Mi clientela es de lo mejor... Ya sabe, tipos podridos de dinero... Hasta es posible que vea por aquí al rival de su esposo, al señor alcalde... Hace algún tiempo que no viene, pero vendrá si está usted aquí... Naturalmente, tendrá la mejor habitación, la mejor cama...

—¡Déjeme en paz, maldita bruja! —gritó Rosalind y estrelló el auricular en la horquilla.

Abrió su bolso que había dejado sobre la mesa.

Tomó el paquete de cigarrillos. Sacó uno de éstos y lo encendió a largas chupadas.

De nuevo, el teléfono se puso a sonar.

Esta vez no lo cogió.

Se puso en pie. Paseó por la estancia, pero cada vez se sentía más nerviosa.

Al fin, el timbre enmudeció. Pero tenía la impresión de que seguía sonando en su cabeza.

Vio la botella de *whisky*.

«¿No sería esto bueno? ¿Por qué no beber un par de vasos? ¿Y si se bebiese toda la botella?».

Pero si quería acabar de una vez, eran mejor los somníferos.

Aquellos comprimidos la enviarían al otro mundo.

Bastaría que se tomase los doce que había en el tubo.

Preston quedaría libre.

Hasta podría ser una buena propaganda para él.

La gente que ahora estaba en contra de Preston se pondría en su

favor. Sentirían compasión por él.

Sus agentes de Prensa se encargarían de aprovechar el suicidio de la señora Collier para presentar a Preston como una víctima, como un hombre que había sido sorprendido en su buena fe por una mujerzuela barata.

Pero ¿era ella eso?

¿Por qué no recordaba? ¿Por qué?

Se golpeó la cabeza con el puño cerrado.

¿Qué pasaba allí dentro? ¿Por qué no recordaba?

Al menos tenía que existir una huella, una pequeña huella de su pasado.

Ella no había venido al mundo a los veintitrés años en aquella estación de autobuses de Jefferson City, donde Preston la conoció.

No, no se nacía a los veintitrés años.

Bueno, eso era lo que había dicho él. Preston había llegado a la conclusión de que no podía tener más de veintitrés años, y por eso, empezó a celebrar su cumpleaños con esa numeración. Pero ni siquiera eso sabía. ¿En qué fecha había venido al mundo? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Tenía una familia?

Pero ya no tendría que hacerse preguntas.

Todo había quedado al descubierto.

Ella era Karen Robson.

Lo decía El Centinela de Unionville.

Y había sido una bailarina de *strip-tease* en un *music-hall* de Nueva Orleáns. La Llama Roja.

¿Qué más?

El periódico no daba más detalles.

¿Y por qué no los pedía ahora que estaba sola?

Caminó hacia la mesa.

Debía descolgar el teléfono ahora que había enmudecido. Si no se daba prisa, alguien podría llamar. Otra persona para insultarla.

Descolgó el auricular y marcó el número de *El Centinela de Unionville*.

—Redacción —le contestó una voz.

—Por favor, quiero hablar con el director.

—¿Quién habla?

Rosalind tragó saliva.

—¿Quién está ahí? —preguntó otra vez el hombre.

—Soy... la señora Collier.

Ahora quien enmudeció fue el hombre que estaba en la redacción.

—Sí, señora Collier... Enseguida hablará con el director.

Transcurrieron unos quince segundos antes de que Rosalind oyese la voz del director, Sean Lawton.

—¿Qué tal, señora Collier?

—Señor Lawton... Quisiera hablar con el redactor que le ha facilitado a usted esa información... respecto a mí.

—¿Para qué, señora Collier?

—Necesito hablar con él.

—Oiga, señora Collier, mi redactor sólo ha cumplido con la obligación de informar al público.

—No se preocupe, señor Lawton. No lo voy a insultar.

—De acuerdo, hablará con él... Es Eric Brent.

Rosalind esperó otros diez segundos y enseguida oyó una voz que no conocía.

—Soy Eric Brent, señora Collier...

—¿Puede venir a mi casa ahora?

—¿A su casa?

—Eso he dicho.

—Señora Collier, ¿qué es lo que pretende...? ¿Quizá su marido contrató a dos matones para vengarse de mí?

—No sea estúpido. Mi marido no es partidario de esos recursos.

—¿Quizá los contrató usted, señora Collier?

—Es usted un miserable.

—Vamos, vamos, señora Collier... No se ponga así porque yo haya descubierto su pasado.

—De eso quiero hablarle, de mi pasado.

—¿Quién hay en su casa ahora?

—Estoy sola.

—¿Lo jura? Oh, perdone. No hace falta... Si usted dice que está sola, debe ser así.

—¿Vendrá, señor Brent?

—¿Por qué no?... Iré ahora mismo.

—Lo espero.

La señora Collier colgó el micro.

Miró otra vez la botella de *whisky*.

Sí, lo necesitaba.

Tomó el vaso que había utilizado Preston y se sirvió una ración.

El *whisky* le hizo mucho bien.

Encendió otro cigarrillo y se puso a pasear.

CAPÍTULO III

Ya había pasado un cuarto de hora desde que habló con Eric Brent cuando sonó el timbre de la puerta.

Acudió a abrir.

No lo recordaba.

Era un joven de unos veinticinco o veintiséis años, alto, rubio, de ojos verdosos. Tenía cara de cínico, también sonreía cínicamente.

—¿Continúa sola, señora Collier?

—Sí.

Eric Brent entró dando vueltas al sombrero en la mano, mirando a un lado y a otro.

Se cubría con un traje a cuadros y usaba corbata de lazo azul a lunares blancos.

Vio la maleta que estaba en la puerta de la habitación.

Se volvió hacia la joven.

—¿Va a viajar, señora Collier?

—Es posible.

Eric Brent chascó la lengua.

—Comprendo...

—¿Quiere sentarse, señor Brent?

—Claro que sí. Me sentaré.

Ocupó un sillón.

Rosalind avanzó hacia él. Se detuvo a dos pasos.

—¿Dónde logró su información, señor Brent?

—En Nueva Orleáns, naturalmente.

—¿Se refiere a ese teatro, al *music-hall* La Llama Roja?

—Sí. Estuve hablando con unas personas que la conocieron a usted.

—¿Qué personas?

—¿No se acuerda usted?

—No.

—Señora Collier, no hace falta que juegue conmigo al ratón y al gato. Perdón, quise decir gata...

—No juego con usted... Sólo me interesa la verdad... Señor Brent, debe saber cuanto antes una cosa. Soy una amnésica.

Brent sonrió.

—Entiendo. No recuerda su pasado.

—Así es, señor Brent.

—Un buen truco.

—¡No es ningún truco!...

—Dígame, ¿a quién se le ocurrió? ¿A usted o a su esposo? Bueno, no sé por qué lo pregunto. Debió ser él. De esa forma piensa salvar la difícil situación que se le ha creado ante las elecciones...

—Es usted un canalla.

—¿Necesito recordarle que prometió no ofenderme?

—Sí. Tiene razón. Perdone...

—Ya está perdonada.

—Lo crea o no, le he dicho la verdad... Preston me conoció hace tres años en Jefferson City, en una estación de autobuses... Yo no sabía quién era. Ni siquiera cómo había llegado hasta allí... Fue como si hubiese nacido.

Brent se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—¿Puedo beber un trago, señora Collier?

—¿Es que no me cree?

Eric Brent miró los grandes ojos de Rosalind.

—No, no la creo, pero podría ser interesante.

—¿Qué quiere decir?

—Podría trabajar para ustedes.

—No le entiendo.

—El alcalde me va a dar dos mil cuatrocientos dólares... ¿Cuánto dan ustedes? —Eric Brent cruzó las piernas y se recostó en el diván.

Los ojos de Rosalind chispearon furiosos.

—Tiene suerte en que no esté mi marido.

—¿De veras?

—Si él le hubiese escuchado, lo habría sacado de aquí a

puntapiés.

—Pero él no está... Usted y yo podemos llegar a un acuerdo.

—¿Cómo puede hablar así?

—Soy realista, señora Collier... ¿No lo es usted?

—Márchese de aquí.

Eric Brent no se movió del diván.

—Señora Collier —dijo—, su decisión es muy mala.

—Ahora sé que todo lo que ha dicho es una invención.

—No, no lo es.

—Yo no soy Karen Robson... Nunca bailé en ese *music-hall* de Nueva Orleáns... Nunca he hecho *strip-tease*.

Brent rió apretándose la nariz.

—Sí, señora Collier... Usted es Karen Robson, bailó en ese *music-hall* y también hizo *strip-tease*... ¿Es que no vio su fotografía del pasado?

—¡No soy yo!

—Claro que es usted... Pero podemos cerciorarnos los dos.

—¿De qué forma?

Eric Brent la miró de pies a cabeza.

Se levantó y dio un paso hacia la joven.

—Se puede quitar la ropa y yo le tomaré las medidas.

Rosalind le soltó una bofetada.

Por un momento, sus ojos destellaron, pero, luego, se echó a reír mientras se tocaba la mejilla donde había recibido el golpe.

—Sólo quería colaborar, señora Collier.

—Confiese que todo es un complot.

—¿Un complot, señora Collier?

—Se han puesto de acuerdo para hundir a mi marido, y, ya que no lo podían atacar a él, pensaron que podrían hundirme a mí en el fango.

—No, señora Collier. Yo no he hecho eso con usted. Usted sola se hundió.

—¡No diga eso!...

—¿Por qué?... Usted es la única culpable... Cada uno debe ser responsable de sus actos... Después da todo, no es para sentirse tan avergonzada. Hay muchas mujeres que se encuentran en su caso... Mujeres que tienen una juventud fácil, que no piensan en el mañana. Puedo imaginar su historia, señora Collier... Usted tuvo

una familia pobre, apenas pudieron darle educación... Tampoco tenía fortuna... Pero usted poseía algo que para una mujer vale más que el dinero y un buen colegio... Usted poseía un cuerpo maravilloso y estoy dispuesto a jurar que lo sigue poseyendo...

—¡Es usted un gusano!

Brent rió.

—¿Lo ve usted? No es realista... ¿Por qué no ha de admitir las cosas como son? Usted tenía que comer. Decidió escapar de la pocilga donde había nacido, probablemente un pueblucho de mala muerte... Se juró a sí misma que debía ser alguien, y lo primero que tenía que hacer es huir de su casa y largarse a la gran ciudad... Y fue a parar a Nueva Orleáns... Pero claro, entonces, empezaron las decepciones con unos y con otros... ¿Cuántos la engañaron, señora Collier?

Rosalind respiraba agitadamente.

—Su cerebro es un estercolero, señor Brent.

—Oh, sí, yo inventé la basura... Ande, dígalo... No, señora Collier. Si hay Collier. Si hay suciedad en el mundo no es obra mía... Puedo jurarlo...

—Voy a suponer que no se equivoca, que todo es verdad, que soy yo Karen Robson...

—Me hace un gran honor.

—Déjese de sarcasmos. Sólo parto de una suposición.

—Muy bien. Continúe.

—¿Cómo supo usted que yo era Karen Robson?

—Tengo mis medios de información.

—Le he preguntado cómo lo supo. Conteste.

—Muy bien, se lo diré... Estuve en Nueva Orleáns, y casualmente conocí a una amiga de usted.

—¿A qué amiga?

—¿Qué importa su nombre?... Usted acaba de decir que es una amnésica, que no conoce el pasado. Si le digo quién era su amiga no podrá recordarla.

—Quizá la recuerde.

—Vaya, parece que se siente mejor de la memoria.

—¿Quién fue?

—Rudy Lederer, una mujer de unos treinta años, rubia, ojos verdes. Se dedica a lo mismo que usted. Pero ella no tuvo la suerte

de encontrar a un hombre como Preston Collier y continúa haciendo lo que hacía.

—¡Maldito!

—Usted preguntó y yo le contesté.

Rosalind se pasó una mano por la cara.

—Rudy Lederer... —repitió—. No sé quién es.

—Bravo, señora Collier.

—¿Qué quiere decir?

—Que está representando muy bien.

—¡Estoy diciendo la verdad! ¡No recuerdo a Rudy Lederer!

—Sin embargo, ella se acuerda muy bien de usted... Dio muchos detalles.

—¿Qué detalles?

—Me habló de usted y de Arthur Chaney.

—¿Arthur Chaney?... ¿Quién es?

—¿De veras no lo sabe?

—¡Claro que no! Si lo supiese, no lo preguntaría.

—El dueño del *music-hall* La Llama Roja cuando usted trabajaba allí.

—No he oído jamás ese nombre...

—Abandone esa actitud, señora Collier.

—¡No lo recuerdo!

—¿Cuándo se va a dejar de tonterías, señora Collier? Cuando usted me llamó a la redacción, pensó que estaría conforme.

—¿A qué se refiere?

—Que sería una mujer comprensiva, y se daría cuenta de que es mejor llegar a un acuerdo conmigo.

Brent atrapó por la cintura a la joven y fue a besarla en la boca.

Rosalind dobló la cabeza y le soltó un empujón.

Pero no logró quedar libre.

Eric la besó en el cuello.

—Vamos, señora Collier, deje de comportarse como una niña...

Rosalind le soltó un zarpazo en la cara.

Brent lanzó un rugido y se apartó.

Las uñas de la señora Collier habían dejado surcos en su mentón.

—¡Es una estúpida, señora Collier!

—¡Salga de aquí!

—Muy bien. Me voy a marchar. Pero se va a atener a las

consecuencias... Dentro de unas horas saldrá una edición extraordinaria de *El Centinela*. Daremos una noticia sensacional, y usted será la protagonista —la apuntó con el dedo.

—Mi marido no le consentirá una nueva mentira en su periódico.

—No va a ser ninguna mentira... Y vamos a gastar más tinta que en nuestra edición anterior. Sí, los titulares serán muy grandes porque la ocasión lo merece... ¿Sabe lo que dirán estos titulares? Esto, señora Collier: «Karen Robson, la señora Collier, es una asesina».

CAPÍTULO IV

—No está hablando en serio —dijo Rosalind, tras la larga pausa.

Eric Brent le sonrió con la cabeza ladeada.

—¿Tampoco recuerda eso?

—No sé a qué se refiere.

—Qué pena.

—¡Le juro que no lo sé!...

—No sé cómo tengo tanta paciencia con usted. Bueno, quizá se deba a que es usted hermosa... Le diré un secreto. He pasado muchas noches pensando en usted... Y qué cosa tan curiosa. Usted ni siquiera se fijó en mí... ¿Lo confiesa?

—Es cierto, señor Brent. Nunca reparé en usted.

—Sin embargo, coincidimos en algunas fiestas, y hasta nos presentaron una vez. Hace exactamente nueve semanas... En casa de la señora Sullivan. Había mucha gente... Me di cuenta de que usted apenas me dedicaba una mirada, y sin embargo, yo me fijé bien en la atractiva señora Collier.

—Deje de hablar de eso.

—¿Por qué, señora Collier?... Aquella noche soñó con usted.

—¡Cállese!

—Soñé que la tenía en mis brazos...

—No he conocido a nadie tan vil como usted... Es bajo, ruin. Ande, confiese de una vez por todas que esa historia de que yo soy Karen Robson la ha inventado. Sólo es un producto de su cerebro... ¡Tiene que admitirlo!

—No, señora Collier... Le repito que no la inventé yo. Usted mató a Arthur Chaney.

—¡Mentira y tengo una prueba para demostrarlo!

—¿Qué prueba?

—Si yo hubiese asesinado a ese Chaney, no estaría aquí.

—Usted desapareció de Nueva Orleans después de matar a Chaney. La policía la buscó pero nunca le encontró.

—No es cierto.

—Sí, señora Collier... Usted huyó, y eso explica por qué dejó de ser Karen Robson. Y también explica por qué trata de falsear la realidad... No quiere ser Karen Robson, no puede serlo por la sencilla razón de que tendría que pagar por un crimen.

Ahora Rosalind se cubrió la cara con las dos manos.

—Por favor, no me atormente más... Se lo ruego... Diga que se ha valido de una estratagema para llegar hasta mí... Se ha querido vengar porque yo no le presté atención. Le admitiré hasta que está enamorado de mí y que... —se interrumpió.

—Ande, dígalo... y que he organizado una confabulación para hacerla mía, en vista de que no la habría podido conseguir por otros medios.

—Sí. Eso es lo que iba a decir.

—No, señora Collier. Le repito que nada ha salido de mi imaginación... Todo es verdad. Usted es Karen Robson y mató a Arthur Chaney...

Rosalind se dejó caer en el diván y sollozó.

Brent fue hacia ella y se sentó a su lado.

Le pasó una mano por la cintura.

Ella se revolvió furiosa.

—¡No me toque!...

—¿Por qué es tan orgullosa...? ¿No se da cuenta de que yo la podría ayudar? Estamos muy lejos de Nueva Orleans... Mi periódico silenciará lo del crimen... Usted y yo nos entenderemos... Conseguiré que su marido me nombre su secretario para la campaña electoral. Y en cuanto a usted, sólo tiene que ser un poco complaciente conmigo. ¿Lo entiende?

Rosalind le escupió a la cara.

Brent retrocedió como si le hubiesen golpeado con el puño.

Se limpió con el dorso de la mano.

—¿Quién se ha creído que es?... Entiendo. Se tomó muy en serio que será la esposa del alcalde de Unionville... Ya olvidó que es una buscona.

Se echó sobre ella.

Esta vez Rosalind no pudo contenerlo.

Brent aplastó su boca sobre la de ella.

En aquel momento se abrió la puerta.

—¡Maldito, déjala!...

Era Preston Collier.

Brent saltó del diván apartándose de Rosalind.

—Eh, un momento... —empezó a decir al ver que Preston se dirigía hacia él rápidamente.

Pero Preston estaba lleno de furia y no se detuvo.

Había sido un buen peso welter en la Universidad.

Disparó el puño derecho al estómago de Brent.

Y cuando el periodista se doblaba, lo cazó con la izquierda en el maxilar inferior.

Brent se desplomó.

—¡Le voy a patear los hígados, Brent!

—¡No, Preston! —gritó Rosalind.

Eric había quedado semiinconsciente.

La joven saltó del diván y echóse en brazos de su esposo. Éste preguntó:

—¿Qué te ha hecho este canalla?

—Ha sido horrible, Preston.

El la besó en los labios.

—Todo fue una fábula de este canalla, pero ahora le voy a ajustar las cuentas.

Eric se levantó pero a punto estuvo de caer otra vez.

Se apoyó en el respaldo de un sillón y respiró.

—Conque una fábula, ¿eh?, señor Collier. Muy bien. Tiene una forma de comprobarlo —señaló el teléfono—. Haga una llamada a La Llama Roja, en Nueva Orleáns... Yo le daré el número.

—No hace falta que llame a ninguna parte, Eric. ¡Le voy a romper la boca! ¡Le obligaré a admitir que todo lo inventó usted!

—No inventé nada, ni siquiera el asesinato que cometió su mujer.

—¿Qué dice?

—No lo sabe, ¿verdad? Ella no le dijo nada. Claro, Rosalind es un ángel, una maravillosa mujer que usted tuvo la suerte de encontrar en su camino...

—¡Le voy a destrozar todos los huesos, Eric! ¡Se lo juro! ¡Se los

voy a destrozar ahora mismo! —Fue a lanzarse sobre el periodista pero Rosalind lo detuvo.

—Déjame, Rosalind. Este hombre no merece vivir.

Eric Brent se restañó la sangre que tenía en la boca.

—Cuidado, Collier. No voy a dejar que me pegue otra vez. Le repito que le estoy diciendo la verdad. Su mujer mató a Arthur Chaney, el dueño del *music-hall* La Llama Roja y, si no me cree, telefonee a ese local o a la policía de Nueva Orleáns. Ellos le informarán.

En la estancia reinó un silencio.

Preston miró a su mujer.

—No puede ser cierto, Rosalind.

—Ya no sé nada... Dudo de todo...

—No, Rosalind.

—Compruébalo.

—¿Qué?

—Marca el número que él te diga...

—No puedo.

Eric Brent intervino:

—¿Por qué no? ¿Tiene miedo a saber lo que realmente fue su mujer?

—¡Cállese, Eric!

Rosalind apretó la mano de su esposo.

—Anda, Preston, sólo existe una forma de salir de una vez de este infierno...

Preston parecía cansado. Era como si en pocas horas hubiese vivido muchos años.

—Sí, Rosalind. Creo que será lo mejor...

Avanzó hacia la mesa y descolgó el auricular. Marcó el número.

—Señorita, larga distancia... Con Nueva Orleáns.

Eric Brent le dio el número y él lo repitió.

Oyó el zumbido de la señal a la otra parte.

Por fin, descolgaron y oyó una voz varonil.

—¿Quién llama?

—Oiga, soy Preston Collier, de Unionville... ¿Con quién hablo?

—Soy Bill Farnum, el dueño de La Llama Roja.

—¿Usted es el dueño?

—Eh, oiga, ¿qué es lo que quiere?

—Creí que el dueño era Arthur Chaney...

—Señor Collier, ¿en qué planeta vive usted?... Arthur Chaney fue el dueño de este local hace tres años. Le compré el local a su viuda.

—¿Ha dicho a su viuda?

—Sí, señor Collier, y por si no lo sabe, eso significa que el señor Chaney murió.

—¿Cómo murió?

—Lo mataron... Le pegaron un tiro, y si quiere más detalles le diré que Chaney fue alcanzado en el corazón. Sí, señor Collier, lo mataron con mucha puntería.

Preston sintió la garganta reseca.

—¿Sigue ahí, señor Collier? —Oyó la voz de Farnum.

—Sí.

—¿Ya no tiene más preguntas qué hacer?... Estoy muy ocupado, ¿sabe?

—Sólo una, señor. ¿Quién mató a Arthur Chaney?

—Una bailarina, una artista que trabajaba en el local.

—¿Sabe su nombre?

—Claro que lo sé... Se llamaba Karen Robson.

Preston cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Imagino que atraparon a Karen Robson, y le harían pagar el crimen.

—Ahí se equivoca, señor Collier. Karen Robson huyó y nunca pudo ser encontrada a pesar de los esfuerzos de la policía. Se diría que la chica fue tragada por la tierra... ¿Alguna cosa más, señor Collier?

—No, nada más.

—Oiga, usted debe ser de algún periódico, y trata de exhumar aquel crimen. Ya sabe, esto es La Llama Roja... Damos un buen espectáculo de lo mejor en su género... *strip-tease* con las mejores profesionales... Sí, amigo. Yo soy un tipo que cuida el local. Con Chaney estaba un poco desacreditado. Pero ahora, La Llama Roja, tiene categoría. No lo olvide.

Preston colgó despacio.

Miró a Rosalind sin decir nada.

—Preston —habló ella—. ¿Es cierto...?

El movió la cabeza de arriba abajo.

—Karen Robson mató a Arthur Chaney... La policía no la encontró.

Sobrevino una pausa.

Eric Brent rió.

—¿Está ya convencido o necesita llamar a la policía de Nueva Orleáns?... Ande, Preston, también le puedo dar el número. Si no cree a Bill Farnum, quizá crea a la policía, pero los polis le dirán lo mismo, exactamente lo mismo que ha oído de labios de Farnum...

—Lárguese, Eric.

—Sí. Ya me voy. No tengo nada que hacer aquí...

Eric Brent echó a andar, pero antes de salir de la casa volvió la cabeza.

—Le doy mi más sentido pésame, candidato.

—¡Fuera! —gritó Preston.

Eric Brent salió definitivamente de la casa.

Preston se dejó caer en un sillón y se cogió la cabeza.

Rosalind fue hacia él y le puso una mano sobre el hombro.

—Hiciste un mal negocio cuando me recogiste en aquella estación de autobuses.

—No digas eso.

—Soy una asesina.

—Es imposible.

—Hemos de rendirnos a la evidencia. Soy Karen Robson.

—¡No está demostrado que lo seas!

—Me iré a Nueva Orleáns.

—¿A qué irás a Nueva Orleáns?

—A entregarme.

—Tú no harás eso.

—Eric Brent publicará otro artículo en la próxima edición. Saldrá dentro de unas horas... Dirá quién soy yo, y por qué huí de Nueva Orleáns. ¿Te das cuenta, Preston? Es mejor que me entregue a la policía.

Preston no dijo nada.

Entonces, ella se dirigió a donde estaba su maleta.

—¡Espera, Rosalind!

Preston acudió al lado de la joven.

—Hemos de pensarlo mejor... No podemos precipitarnos.

—Ya no hay nada que pensar, Preston... Eric Brent tuvo razón

en una cosa, en pedirme que fuese realista... Ahora que lo quiero ser, no debes quitármelo de la cabeza.

—No puedes ir sola.

—Es mejor que vaya sola... Tú no me conociste cuando era Karen Robson... Es preferible que haga frente a mi pasado. Quizá recuerde entonces... Lo necesito recordar. Saber quién soy...

—Tengo miedo por ti, Rosalind.

—Yo también lo tengo, pero seré fuerte.

La besó con suavidad en los labios.

Preston la dejó salir de la casa sin decir nada.

CAPÍTULO V

El teniente Arnols Crosman, de la Brigada de Homicidios de Nueva Orleáns, hablaba al hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa.

—Esta vez fue demasiado lejos, señor Murton. Le voy a retirar la licencia.

James Murton, investigador privado, se miró las uñas de la mano derecha.

—No puede hacerlo sin un motivo.

El teniente rió con sarcasmo.

—¿Un motivo dice, Murton? Le felicito. Ha conseguido el mejor chiste del año.

—Gracias.

—¡No estoy de broma!...

Murton tenía los ojos verdes en una cara varonil.

—Muy bien, no está de broma, teniente, pero yo tampoco lo estoy. Usted no tiene ninguna razón para detenerme.

—Mató a dos hombres, los despanzurró.

—Muy bien, los despanzurré, pero era lo que ellos se merecían.

—¿Qué se cree que es, Murton?

—Sólo un investigador privado.

—¡Mentira! Usted es un investigador privado, pero se cree también un juez y un verdugo... No tenía ningún derecho para matar a esos dos hombres. ¡Debía entregarlos a la policía!...

—Si yo no los hubiese matado, ellos me habrían matado a mí.

—¿Cuántas veces le he oído lo mismo, Murton?

—No llevo la cuenta.

—Yo sí la llevo... Ha matado a cinco hombres en doce meses... ¿Lo oye, señor Murton?... ¡Cinco hombres!

—Cinco ratas.

—Eran seres humanos.

—Tengo mis dudas.

—Murton, ¿por qué odia tanto a sus semejantes?

—Se equivoca, teniente. No odio en general. Sólo a algunos tipos en particular...

El teniente tomó un papel que tenía ante sí.

—Su primera víctima de este año fue Owen Strong.

—Sí.

—¿Por qué mató a Owen?

—Owen Strong me dio una magnífica oportunidad para que le metiese una bala y yo no quise desaprovecharla.

—¡Le prohíbo que hable de esa forma, Murton!

—Me preguntó y yo le iba a dar una respuesta más amplia.

—Está bien. Escúpala. Quiero oírla...

—Owen Strong era propietario de tres burdeles...

Y sólo tenía chicas menores de dieciséis años... Owen contaba con un buen equipo para conquistar a las jovencitas. Las engañaban atrayéndolas con toda clase de mentiras y falsedades. Iban a trabajar en el cine, en la T. V., o en el teatro... Algunas de ellas se convencían pero otras se resistían. Sé que Owen drogaba a las que, a pesar de todas sus promesas, querían terminar con él... Las corrompía. Lo sé bien porque conocí a unas cuantas... Y eso pasaba en su ciudad, teniente.

Las aletas de la nariz de Crosman palpitaron.

—Yo no sabía nada.

—Claro que no lo sabía —ironizó el investigador privado.

—¡Murton!

—Usted conocía los manejos de Owen pero no podía hacer nada sin una orden de su jefe. Pero yo no tengo ningún jefe y podía intervenir cuando me diese la gana. Durante mucho tiempo estuve esperando que Owen cometiese un fallo, y al fin, lo hizo... El hermano de una de las muchachas me buscó como detective... Yo ya tenía una cliente a quién tenía que defender de Owen Strong.

—Y lo logró saltándole los sesos a Owen Strong.

—Sí, teniente, eso hice, y lo haría otras cien veces... Pero, recuerde, sólo apreté el gatillo cuando reuní pruebas contra Owen...

—Sí, Murton. Usted siempre tiene una prueba antes de apretar el

gatillo... Sé que me va a contar una historia parecida si le nombro a Peter Mann, o a Ralph Sten. ¡No conteste! ¡Ahórrese las palabras!...

—Sí, teniente.

—Estoy harto de usted, Murton. Pero óigame bien. Hay alguien que lo está más que yo. El capitán Sanders... Es él quien me ha dicho que le retire la licencia.

—Dígale que otra vez será.

—¿Es que nos desafía?

—No, teniente. No hay tal desafío. Pero yo no soy un cualquiera. Un tipo al que le pueden dar la patada porque les sale de las narices... Conozco mis derechos.

—También tiene obligaciones.

—Ya las cumplo.

El teniente fue a gritar de nuevo pero se interrumpió.

Dejó la hoja de papel sobre la carpeta y se pasó una mano por el cabello.

—Es usted desesperante, Murton.

El teniente bajó el tono de voz.

—Oiga, Murton. ¿Por qué no es más comprensivo?

—Yo soy muy comprensivo.

—Entonces, me hará un favor.

—Claro que sí, teniente.

—Lárguese de Nueva Orleáns.

—No, teniente. No me pida eso...

—No me expresé bien. Quise decir que se marche durante una temporada. Por ejemplo, tres meses... Dese una vuelta por California...

—No estaría mal.

—Sabía que te gustaría la idea —empezó a sonreír.

—Sí, teniente. Dicen que en California están las más bonitas mujeres...

—Usted tendrá partido entre ellas... Es la clase de tipo que a la mayoría les gusta.

—Es usted muy amable, teniente.

—Oiga, Murton. No tengo nada contra usted. Pero el capitán Sanders está un poco excitado... Ha recibido muchas quejas acerca de la forma en que usted procede. Reconocerá que cinco muertos son demasiados.

—Sí, es cierto. Son muchos.

—Dele un descanso a la pistola y, de paso, también nos lo dará a nosotros.

—Lo pensaré.

—¡No puede pensarlo! ¡Ha dicho que se irá!

—No, teniente, no dije que me iba a ir. Dije que lo pensaría...

—¿Acaso pretende que el departamento de policía de Nueva Orleans le pague las vacaciones?

—Oh, no, teniente. De ninguna forma.

—Entonces, ¿qué necesita para marcharse?

—Tengo que hacerme la idea de que voy a pasarlo bien en California...

—¡Me desespera usted, Murton...! ¡Si sabe lo que le conviene tomará esas vacaciones! Sólo de esa forma podrá seguir disfrutando de su licencia de investigador privado.

—Gracias por su sinceridad.

—Sanders no está dispuesto a soportarle una muerte más...

—¿Qué pasa si me encuentro con tres tipos que me quieren balear?

—¡Váyase al infierno!...

—No les daré ese gusto.

—No lo olvide, Murton.

—¿Algo más, teniente?

—Eso fue todo.

Murton se puso en pie.

—Buena suerte, teniente.

Crosman soltó un gruñido.

Murton salió de la oficina.

Algunos policías lo miraron con curiosidad, otros con desprecio.

Se detuvo junto a la mesa del sargento Cannon.

—¿Puedo usar el teléfono de aquí o debo pagar la ficha?

Jackie Cannon, de cara arrugada, señaló el teléfono.

—Llame. Me cuidaré luego de lavarlo con alcohol para que no contamine.

—Muy gracioso, sargento.

Cannon se levantó de la mesa y se fue a una habitación del fondo.

En el camino atrapó a un hombre esposado que se sentaba en un

banquillo.

—Vamos, muchacho. Tú y yo vamos a cantar a coro.

Murton sonrió mientras el sargento y el detenido entraban en la habitación destinada a los interrogatorios.

Se sentó en el borde de la mesa, tomó el auricular y marcó un número.

—¿Quién llama? —dijo una voz femenina.

—James Murton al habla, Nancy.

—¡Miserable!, ¿ya te has acordado de mí?

—¿Qué te pasa?

—¿Tienes el valor de preguntarme qué me pasa? Hace tres días me invitaste a cenar. Pasarías por mí...

—Lo recuerdo.

—Qué cosa más curiosa. El señor lo recuerda.

—Tuve trabajo.

—Muy bien Espero que continúes trabajando para hacerte un hombre de provecho.

—Eh, chica. Ya estoy libre.

—No me digas...

—Tú y yo podemos cenar esta noche.

—Ni lo pienses.

—Eh, Nancy, ¿por qué estás enfadada? Un hombre tiene que cumplir con su deber...

—Me parece muy bien que cumplas con tu deber esta noche.

—Por eso te llamo, para invitarte a cenar.

—Lo siento, pero llegas demasiado tarde.

—No me digas que te casaste.

—No, todavía no me casé, pero mi jefe me invitó a cenar...

—Oye, no puedes hablar en serio. ¿Cómo puedes ir con ese gordo? No podrás bailar, a menos que te retires de él medio metro.

—El será gordo, pero tiene palabra.

—Es una pena. Pensé que tú y yo podíamos ir al restaurante Chelay... Bailaríamos un poco y pasearíamos a medianoche hasta la orilla del río. Ya sabes, en aquel lugar que tanto te gustó, al lago de los sauces...

—No puedo plantar a mi jefe.

—Claro que no. Pero, puedes decirle que tienes una jaqueca y que debes guardar cama.

—Estaría feo... ¿A qué hora vendrás por mí, traidor?

—¿Te parece bien a las seis y media?

—Trato hecho.

—Ponte bonita. Quiero ser el hombre más envidiado de Nueva Orleáns.

Murton oyó una voz a su espalda.

—Sargento Cannon. Soy Karen Robson. ¿Puede atenderme?

Murton dejó el auricular al mismo tiempo que se volvía.

Vio ante sí a una mujer de unos veintiséis o veintisiete años, de cabello rojizo, rostro muy bello, mejillas ligeramente hundidas, labios sensuales, ojos grandes, azules.

—Quiero entregarme, sargento Cannon.

—¿Cómo?

—Soy Karen Robson... Quiero decir que creo ser Karen Robson.

—Tranquilícese.

—Estoy muy tranquila.

—¿Por qué se quiere entregar, señorita Robson?

—Maté a un hombre.

Murton miró a derecha e izquierda. Ningún policía estaba cerca para escuchar a Karen Robson porque ella hablaba con voz muy queda.

—¿Cuándo lo ha matado?

—Hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres años, bueno, eso creo.

Murton se mojó los labios con la lengua.

—Eh, oiga, ¿se encuentra bien?

La joven parpadeó.

—No estoy loca, sargento.

—¿Quién era la víctima?

—Arthur Chaney, el dueño de La Llama Roja.

—¿Cómo lo mató?

—No sé. Dicen que le pegué un tiro.

—Veamos si lo comprendo... Usted no sabe cómo lo mató y sólo tiene en cuenta lo que le han dicho. —Sí.

—¿Y por qué no lo sabe? ¿Estaba ebria?

—No, sargento. No es eso.

—¿Qué es entonces?

—Yo perdí la memoria... Quiero decir que sólo hace muy poco que supe que era Karen Robson...

En aquel instante tronó la voz del teniente Crosman.

—¿Qué hace ahí, Murton?

James Murton inclinó la cabeza sobre su pecho. Ya había sido descubierto.

—¿No es usted el sargento Cannon? —Oyó a la joven—. No le dije que lo fuese, señorita Robson.

El teniente se acercó rápidamente a la mesa.

—¿Qué pasa, Murton?

—Esta joven... Viene a entregarse. Dice que cometió un asesinato hace tres años...

El teniente hizo entrechocar los dientes.

—Si es una broma de las tuyas, Murton, se lo haré pagar caro...

—No, teniente. Me temo que no es una broma... Crosman clavó los ojos en el rostro de la joven de cabello rojizo.

—¿Qué tiene que decir?

—Que este hombre dice la verdad... No es ninguna broma. No lo conozco... Lo acabo de ver aquí por primera vez.

—Entonces, ¿viene en serio a entregarse?

—Sí.

—¿Quiere pasar a mi oficina, señorita?

—Sí, teniente.

Murton fue a saltar de la mesa para ir con ellos pero el teniente le puso una mano en el hombro.

—Eh, Murton, ¿qué hace aquí?

—Me entretuve un poco para hacer una llamada.

—¿No sabe que existen unas cabinas públicas para que todo ciudadano pueda hacer sus llamadas particulares?

—Sí, teniente.

—¡Pues váyase a una de esas cabinas para conversar con sus chicas!...

—Sí, teniente.

Crosman tomó a la joven por el brazo.

Los dos echaron a andar, desapareciendo en la oficina.

CAPÍTULO VI

James Murton se detuvo ante la entrada de La Llama Roja.

Vio unos carteles en los que se exhibían fotografías de chicas con poca ropa.

Entró por la puerta, donde no encontró a nadie que lo detuviese.

Oyó el nudo de un cubo.

Dos mujeres lavaban el piso.

Al fondo, un hombre regordete pasaba un paño por las sillas.

—Buenos días —dijo Murton.

Las dos mujeres interrumpieron su trabajo, pero sólo fue por unos segundos.

El empleado miró a Murton.

—Si viene a cobrar alguna factura, tendrá que esperar hasta las doce. Es la hora en que viene el jefe.

—No vengo a cobrar ninguna factura.

—Si va a ofrecer algo, también tendrá que esperar a las doce.

Murton continuó andando hasta llegar cerca del hombre regordete.

—Busco información.

El empleado enarcó las cejas.

—Puedo contarle la historia de mi vida por un dólar.

—Pagaré dos por un trozo de ella.

—¿Cuál, míster?...

—Quiero saber en qué circunstancias encontró la muerte Arthur Chaney.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Es lo que me interesa.

—Lo siento, no puedo decirle nada.

—¿Por qué no?

—Es la mar de sencillo, yo no estaba aquí entonces.

—¿Quién me puede informar?

—Quizá Philip Turner, es el barman. Lleva aquí diez años. Trabajó para Chaney y ahora para Bill Farnum.

—¿Y si preguntase a Bill Farnum?

—No creo que le diga nada. Le gustan muy poco las preguntas, ¿sabe? Y es un hombre de mal genio.

—Yo también tengo mal genio, a veces.

—Pero Farnum es más fuerte que usted y fue un buen boxeador. Llegó a combatir en los semipesados. Continúa en forma, ¿sabe?... No, yo no me pondría enfrente de Farnum.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ben Remick.

Murton sacó dos billetes de a dólar. Entregó uno a Remick.

—Ya falta poco para que te ganes el otro, Ben... ¿Dónde puedo ver a Philip Turner?

—Calle Lafayette, 232.

Murton le entregó el otro dólar.

En ese momento se oyeron pasos en la entrada.

Murton miró hacia aquel lado y vio avanzar a un hombre muy alto, de fuerte constitución, brazos y piernas poderosos.

—¿Qué pasa, Ben? —inquirió mirando al desconocido.

—El místico vino a pedir información, señor Farnum.

—¿Sobre qué cosa?

—La muerte del anterior dueño.

Bill Farnum miró a Murton con los ojos entornados.

Manejaba un grueso cigarro con la mano derecha que ahora se llevó a la boca. Dio una larga chupada y arrojó el humo a la cara de James.

—¿Policía?

—No.

—¿Periodista?

—No.

—¿Qué es entonces?

—Investigador privado.

—Ya, un busca ruidos... Lárguese.

Bill Farnum echó a andar sin más comentarios y desapareció por una puerta del fondo.

Ben Remick dijo:

—Ya se lo advertí, amigo. Es un hombre de mal genio.

—Sí, es cierto. No me engañaste —contestó Murton y echó a andar tras de Farnum.

—Eh, oiga... —dijo Ben Remick—. No haga eso... El señor Farnum se enfadará...

Murton abrió la puerta del despacho.

Bill Farnum se había sentado, tras una mesa y estaba arreglando unos papeles.

—¿Todavía está aquí? —Ladró—. Creí haberle dicho que se largase.

—No puedo.

—¿Qué le pasa?... ¿Tiene reuma en las piernas?

—Es posible.

—Entonces, yo lo voy a curar.

—No lo haga, Farnum.

El dueño de La Llama Roja se levantó y rodeó la mesa, frotándose las manos. Sus ojos no dejaban de mirar a su visitante.

—¿Sabe una cosa, amigo?

—Llámeme Murton, o James, o Jimmy.

—Le voy a llamar por lo que debe ser.

—¿Sí?

—Lo llamaré muerto de hambre.

—¿Dónde le enseñaron la poca educación que tiene, Farnum?

—En la penitenciaría.

—Debe volver otra vez allí, a ver si aprende algo más.

—Escuche bien esto, Murton, James, Jimmy... Estuve seis años en la penitenciaría..., ¿y sabe quién me mandó allí? Un repugnante como usted, un investigador privado... Desde entonces juré que sus colegas, los bichos como usted, me las pagarían.

—¿A cuántos se lo hizo pagar?

—A tres y usted va a ser el cuarto.

—¿Por qué se lo toma así, Farnum? Yo en su lugar, me tranquilizaría.

—Claro que sí, sabueso. Yo me voy a tranquilizar... en cuanto lo saque de aquí a puñetazos.

Diciendo esto, le tiró el puño derecho.

Murton giró sobre los pies y el puño de Farnum le rozó el cuello.

Replicó con un gancho corto al hígado, aprovechando que el hombretón se deslizaba por su lado después de fallar el golpe.

Bill Farnum lanzó un aullido. Se detuvo junto a la pared y se volvió palmeándose el hígado.

—Fue un buen golpe, Murton.

—Gracias.

—Pero le va a costar un par de dientes. Se los voy a hacer escupir ahora mismo.

—Sería mejor que hablásemos como amigos.

—Yo no puedo ser amigo de un tipejo como usted.

—Está bien.

Farnum se lanzó sobre Murton. Éste le bloqueó dos puñetazos y luego, con una facilidad pasmosa, golpeó el mentón de su rival.

Bill Farnum se desplomó sobre la alfombra, puso los ojos en blanco y se tendió.

Murton ocupó un sillón, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Transcurrieron treinta segundos y Farnum volvió en sí, Murton alargó un pie y se lo puso sobre el pecho.

—Quédese ahí.

Farnum lo miró con sorpresa.

—¿Qué quiere, maldito?...

—Ya se lo dije, Bill. Sólo vine por información. Estoy interesado en la muerte de Arthur Chaney.

—No sé nada de eso.

—No conteste tan aprisa. Usted debe saber algo...

—Le compré el local a la viuda.

—¿Quién es la viuda?

—Shirley Colton. Recuperó su nombre de soltera.

—¿Vive en Nueva Orleáns?

—Sí, pero no puedo darle su dirección...

—¿No se volvió a casar?

—Yo sólo hablé dos veces con ella. Ultimamos el negocio del traspaso y se acabó. Ella no ha pisado este local desde entonces. Es lógico, ¿no le parece?... Fue aquí donde mataron a su marido.

—¿En este despacho?

—No, en un camerino que está a la otra parte del local, en el fondo.

—Acompáñeme.

—Oiga, ¿qué infiernos busca, Murton?

James lo tomó por las solapas y lo ayudó a levantarse.

—Sea un buen chico, Farnum. No me gustaría pelear otra vez con usted. Pero si quiere el desquite, se lo concederé enseguida.

—No, no hace falta.

Salieron de la oficina.

Ben Remick estaba silbando un blue mientras limpiaba las sillas.

Las dos mujeres continuaban fregando el suelo.

Se internaron por un corredor.

Los camerinos eran cuatro.

Farnum abrió la puerta del segundo.

Murton entró en la habitación. Era similar a cualquiera de su clase.

—¿Quién utilizaba este camerino cuando Arthur Chaney fue muerto?

—Yo no estaba aquí, no recuerdo su nombre...

—¿Karen Robson?

—Sí, creo que ése era el nombre. Fue ella quien lo mató... Pero la policía no pudo hacer nada, quiero decir que ella escapó. Saltó por esa ventana, que da a un callejón... La chica le pegó un tiro a Chaney.

—¿Y por qué le pegó un tiro?

—Me contaron que ella se había enamorado de Chaney. Al parecer, él prometió a Karen que se divorciaría de Shirley, pero eso sólo fue un cuento... Chaney no pensaba divorciarse de Shirley. Es lógico después de verla a ella.

—¿Qué le pasa a Shirley?

—Es una mujer como hay pocas. Muy hermosa, pero dominante. Yo diría que es una tigresa, y a mí las tigresas nunca me han gustado. Prefiero las gatas.

—¿Se ha sabido algo de Karen Robson?

—Nada, se esfumó como un fantasma. Algunos piensan que después de matar a Chaney, se tiró al mar con una piedra al cuello...

—Gracias por todo.

—Oiga, Murton, admito que es usted distinto a los otros investigadores privados que conocí... Pero no vuelva por aquí.

—No se preocupe, no volveré si no es necesario —contestó

James y salió del camerino.

Ben Remick continuaba silbando su blue cuando Murton pasó por enfrente y le hizo un saludo con la mano.

CAPÍTULO VII

James Murton abrió la puerta que tenía delante. Oyó una maquinilla eléctrica y se encaminó hacia el hueco del cuarto de baño.

Un hombre se afeitaba frente al espejo. Podía tener unos cuarenta y cinco años. Era de mediana estatura.

Su torso estaba desnudo y mostraba una buena musculatura.

—¿Turner?

El hombre dio un respingo, y al ver a Murton, arrugó en entrecejo.

—Eh, usted, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Moviendo un pie y luego otro.

—Un gracioso, ¿eh?

—Soy James Murton, investigador privado.

—No me diga que me investiga a mí.

—Es posible.

—¿Por qué?

—Por la muerte de Arthur Chaney.

—¿Habla en serio?

—Sí.

—Eh, oiga, eso ocurrió hace tres años.

—¿Quién mató a Arthur Chaney?

Turner se pasó la máquina por la mejilla derecha.

—Lea los periódicos de aquellas fechas y lo sabrá todo.

—Le estoy preguntando a usted.

Philip Turner apartó de nuevo la maquinilla de su cara y miró a Murton.

—Lo mató Karen Robson en su camerino. Sólo estaban los dos allí. Ella huyó por una ventana después de meterle una bala en el

corazón... Ahí lo tiene todo.

—¿Y la pistola?

—¿Qué?

—¿De quién era la pistola?

—No se encontró la pistola... Ella se la llevó.

—¿De qué calibre era?

—No lo recuerdo. Ya le he dicho que lea los periódicos y conocerá los detalles.

—¿Han matado a mucha gente en La Llama Roja?

—Claro que no.

—Pues entonces debía recordar los detalles. Usted era entonces el barman y lo sigue siendo ahora.

—Oiga, yo estoy en la barra y no tengo nada que ver con los artistas, ni tampoco me interesa lo que ocurre en los camerinos...

—¿Qué me dice de las relaciones entre Arthur Chaney y Karen Robson?... Y no me vuelva a repetir que vaya a los archivos de los periódicos. No me interesa lo que dijeron los periódicos, sino su opinión.

—¿Por qué le interesa mi opinión?

—Porque es de primera mano. Usted convivía con Chaney, y naturalmente, conocía también a Karen Robson.

—Sí, conocía a los dos.

—Hable.

—Karen Robson era una chica ambiciosa. En cuanto llegó a La Llama Roja, le echó el ojo al patrón... Chaney no le hizo caso al principio, pero ¿qué puede hacer un hombre cuando una mujer sabe tejer bien una red? Chaney cayó como un pobre pajarillo... Quizá él creyó que todo se reduciría a un gasto extra de dinero, pero ella no tenía bastante con la plata... Se le metió entre ceja y ceja ser la señora Chaney, pero había una pequeña dificultad. Ya existía una señora Chaney... Karen amenazó al patrón con largarse si no se divorciaba de su mujer... Chaney se había enamorado perdidamente de Karen. Le prometió que se divorciaría, que esperase un poco de tiempo...

—Sabe muchas cosas de Karen...

—Usted preguntó y yo le contesté.

—¿Cómo llegó a saber todo eso?

—Los periodistas se enteran de muchas cosas.

—No sea estúpido, Turner... Chaney murió y Karen Robson desapareció. Ninguno de los dos pudo contarle nada.

—Oiga, usted mismo dijo antes que yo era el barman de la casa. Uno tendría que estar ciego para no ver ciertas cosas.

—También tendría que escucharías... ¿Es aficionado a pegar la oreja a las puertas?

Turner bajó la mano con la que manejaba la maquinilla eléctrica.

—Me lástima que diga eso.

—Tiene el masaje a mano, cúrese. —Murton señaló la botella de color naranja que había sobre el lavabo.

—Chaney me hizo su confidente.

—¿Y qué le contó?

—Todo lo que acabo de decir.

—¿Y qué más?

—Me dijo que se divorciaría de Shirley. Me hacía entrar en su oficina, a veces, y se ponía a gritar mientras paseaba... Decía que había sacado a Shirley del arroyo, que había hecho por ella más que ningún otro hombre, y que no tenía derecho a exigirle que continuase a su lado... En realidad, con aquellos gritos, Chaney sólo trataba de convencerse a sí mismo... ¿Sabe una cosa?... Le tenía miedo a Shirley, eso es lo que pasaba... Se ponía a gritar para reunir coraje. Yo le escuchaba aburrido porque sabía que, cuando se enfrentase con Shirley, Chaney se desinflaría como un globo. Usted ya me entiende, hay tipos así... Las mujeres los dominan... Yo no soy de esos. El día que me case, mi mujer será una perrita obediente.

—¿Quién descubrió el cadáver de Arthur Chaney?

—Una compañera de Karen, Rudy Lederer. Entró en el camerino y descubrió el cadáver.

—¿Quiere decir que nadie oyó el estampido?

—No, nadie lo oyó.

—Veamos, si lo entiendo. ¿En qué momento se reunió Chaney con Karen Robson en el camerino?

—Después que ella interpretó su número.

—¿Qué es lo que hacía?

—¿No lo sabe?

—No, no lo sé.

—*Strip-tease*... Bueno, no era un desnudo total. Se quedaba con poca ropa, usted ya me entiende...

—Sí, le entiendo... Karen terminó su número y se fue a su camerino, Chaney fue detrás.

—Sí, eso es.

—¿Cuánto tiempo tardó Rudy Lederer en descubrir el cadáver?

—No lo sé exactamente, pero pudieron ser unos quince o veinte minutos después que Karen terminó el número. Ya puede imaginarse lo que sucedió cuando Rudy se puso a dar chillidos. Acudió mucha gente... Todos parecían haberse vuelto locos. No había una sola persona que conservase la serenidad. Tuve que ser yo quien llamase a la policía.

—¿Qué hizo con la pistola, Turner?

—¿Eh...?

—Le estoy hablando de la pistola con la que Chaney fue baleado.

—No había pistola, Naturalmente, Karen se la llevó, recibió la visita de Chaney, discutieron. Karen sacó una pistola que llevaba en el bolso, ¿está conforme?

—Sí.

—Karen le pegó el tiro a Chaney y éste cayó muerto al suelo. ¿Correcto?

—Sí.

—Karen no podía cargar el crimen a nadie Estaba a solas con Chaney, decidió huir y escapó por la ventana. Instintivamente, debió caer la pistola. Nueve de cada diez personas lo haría.

—Pero una no lo haría. Usted mismo lo admite. Karen fue una entre diez.

Murton hizo una pausa y continuó:

—Está bien, Turner, responda a otra pregunta. ¿Se conocían Shirley y Karen?

—Sí; claro que sí, Shirley iba alguna vez por el club.

—¿Estaba al corriente Shirley de las relaciones de Karen con su marido?

—No.

—¿Por qué contesta tan rotundamente?

—Porque es lo que yo Creo.

—¿No encuentra más lógico que Shirley estuviese informada?

¿No le dijo el propio Chaney a usted que pensaba divorciarse de su mujer?

—Sí, pero también le he dicho el crédito que Chaney me merecía. El nunca se hubiese atrevido a plantear la separación.

—Karen debía saber mejor que usted que Chaney estaba enamorado de ella. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Por qué, entonces, lo iba a matar?

—Porque se cansó de él, porque creyó que Chaney le estaba tomando el pelo.

—No me gusta.

—Le guste o no, las cosas pasaron así.

—Tampoco estoy seguro de que las cosas ocurrieran así.

—Eh, oiga, Murton, ¿a qué viene resucitar todo aquello?

—Vaya, al fin hizo su pregunta más lógica. Tardó mucho tiempo en ocurrírsele.

—¿Qué quiere insinuar?

—Que quizá usted ya esté enterado del motivo de mi visita.

—No me gustan los líos, Murton. Será mejor que no me enrede. Soy sólo un barman. Empecé de camarero, me he pasado toda la vida sirviendo a la gente... Es duro, ¿sabe? Mucho más de lo que la gente cree. Uno tiene que soportar muchas cosas, ofensas, humillaciones... El cliente siempre tiene razón. La tiene, a pesar de que uno siente deseos de romperle la cabeza y de hacérsela crujir como una nuez.

—Karen Robson se ha entregado a la policía.

—¿Qué dice?

—Lo oyó bien.

—Pero, yo creí que...

—Continúe, ¿qué es lo que creyó?

—No sé, Karen desapareció, y bueno, llegué a pensar en el suicidio... Pudo desaparecer en un pantano, y no le hizo falta ir muy lejos para encontrar uno.

—¿Dónde vive Shirley Colton?

El barman guardó silencio.

—¿Qué va a hacer?

—Hablar con ella.

—¿Para qué?

—Necesito hablar con ella.

—Déjela en paz.

—¿Por qué he de dejarla en paz?

—Sufrió mucho.

—La muerte de su marido ocurrió hace tres años. ¿No cree que ya se habrá consolado?

—Calle Ripley, 245.

—Gracias, Turner. ¿Dónde encontraré a Rudy Lederer?

—Ahora trabaja en el Palacio Oriental, en la calle Francesa.

CAPÍTULO VIII

La calle Ripley se ubicaba en un barrio residencial, una zona tranquila.

El número 245, lo ocupaba una casa con un jardín bien cuidado.

Mientras Murton lo cruzaba, miró la cochera. Las puertas estaban entornadas y vio un automóvil.

Subió al porche y apretó el timbre.

Le abrió una doncella negra.

—Quiero hablar con la señorita Colton.

—Lo siento, pero la señorita Colton no recibirá hoy a nadie.

—Pásele mi tarjeta.

La doncella tomó la tarjeta comercial, pero no lo hizo pasar. Cerró la puerta y Murton quedó a solas en el porche.

Miró las magnolias más cercanas. Una abeja las sobrevolaba.

Se abrió otra vez la puerta y la doncella le devolvió la tarjeta, diciendo:

—Lo siento, pero la señorita Colton tiene una fuerte jaqueca.

—Que casualidad, conozco un procedimiento para curarla —dijo Murton y se coló en la casa.

—Eh, señor, usted no puede entrar...

—¿Dónde está ella?

—Pero si la señorita Colton ya dijo que...

En aquel momento se oyó una voz.

—¿Qué ocurre, María?

Una mujer había aparecido por entre unas cortinas, a la derecha. Era muy bella, esbelta, de cabello rubio, ojos muy claros. Lucía pantalones negros y blusa de punto roja.

—Señora —dijo María—. El entró sin que yo lo pudiera impedir...

—Puedes retirarte.

—Sí, señora.

La doncella desapareció por un corredor.

—¿Puedo saber a qué se debe su insistencia en verme, señor Murton?

—Usted lo sabe.

—¿Cómo?

—Philip Turner le habló por teléfono. Le dijo que yo lo visité y que le hice preguntas acerca de la muerte de su marido.

Los ojos de la hermosa rubia llamearon.

—Es usted un insolente, señor Murton.

—Pero no me equivoco.

—Muy bien, Philip Turner me hizo la llamada. Es un buen amigo. Me puso sobre aviso.

—¿Por qué teme que le haga preguntas acerca de la muerte de su marido?

—Merece usted que lo abofetee.

—Hágalo, si con eso se va a sentir más tranquila.

Al mismo tiempo que así decía, Murton se acercó a la joven.

Ella apretó los dientes sin dejar de mirarlo a la cara.

—¿Cree que no lo voy a abofetear?

Murton no le contestó.

Entonces, ella le descargó la mano en la mejilla derecha.

La bofetada sonó como un tiro.

James Murton estaba muy serio.

—Bien, pasemos ahora al interrogatorio, señorita Colton.

—No hay interrogatorio.

Él la tomó por un brazo y la empujó hacia el *living* más allá de las cortinas.

—¡Suélteme!

Murton dio un tirón de ella y la detuvo.

Ella fue a abofetearlo otra vez, pero Murton le rodeó la cintura con el brazo y le tomó la otra mano.

—La autorización sólo era para una bofetada, señorita Colton. No le di un abono para la temporada.

—Déjeme.

—La soltaré cuando prometa ser obediente.

—¿Quién se ha creído que es?

—Sólo un investigador privado que está haciendo su trabajo.

—¿Quién lo contrató?

—No es cuenta suya.

Entre ambos hubo un mudo reto de miradas.

—Está bien, contestaré a sus preguntas.

—Prométalo.

—Está bien, se lo prometo.

—Así está mucho mejor.

Murton la dejó y le soltó un empujón.

La rubia se tambaleó y cayó en el diván.

—Sus modales son los de un estibador, señor Murton.

—Kay quien dice que son peores... Pero no quiero hacerle perder su precioso tiempo, señorita Colton. Cuanto antes conteste, más pronto me iré.

—Ya estoy deseando que desaparezca.

—¿Conocía usted las relaciones de su marido con Karen Rubson...?

—No.

—¿Quiere decir que sólo se informó después de la muerte de su marido?

—Sí, después de su muerte.

—¿Quién se lo dijo?

—Philip Turner.

—¿No le pidió su marido el divorcio?

—Claro que no.

—¿Le dijo Philip Turner que Arthur pensaba solicitar la separación de usted?

—Eso era una estupidez.

—¿Por qué una estupidez?

—Arthur nunca se habría divorciado de mí. Y menos para cambiarme por una mujerzuela.

Murton dio unos pasos por la estancia.

—¿Dónde estaba usted cuando su marido fue asesinado?

El rostro de Shirley estaba palideciendo.

—¿Qué está pensando su sucio cerebro, señor Murton?

—Conteste.

—¿Ha pensado que yo maté a mi marido?

—¿Dónde estaba usted?

—Aquí, en esta casa.

—¿Con quién?

—Sola.

—¿No estaba la criada?

—Entonces no tenía criada. La había despedido un par de semanas antes.

—¿Quién le dijo que su marido había sido asesinado?

—Philip Turner.

—¿Cuándo la avisó?

—Quince o veinte minutos después que se descubriese el cadáver de Arthur en el camerino de esa perra.

—¿Fue usted allí?

—Sí. Era mi deber. Tenía que identificar a Arthur.

—¿Lo quería mucho, señorita Colton?

—Me casé enamorada de él.

—Le he preguntado si lo quería en el momento en que Chaney fue asesinado.

—Sí.

—No pone mucha convicción en su respuesta.

—Márchese de una vez, señor Murton... Me está molestando con su repulsivo interrogatorio.

—¿Qué le ha parecido eso de que Karen Robson haya regresado a Nueva Orleáns después de tres años?

—Me imagino que le habrá remordido la conciencia. No habrá podido soportarlo más... Naturalmente, la justicia tendrá en cuenta eso, y su sentencia no será muy grave.

—Ella no recuerda nada.

—¿Qué?

—Karen Robson perdió la memoria.

—Eso es una mentira.

—¿Por qué habría de ser una mentira?

—¿Quiere decir que ella no sabe que mató a mi marido?

—No, ella no lo sabe.

—Debe estar haciendo una comedia. Y por eso se ha entregado a la policía. Karen tenía buenas condiciones de actriz.

—Creí que no tenía amistad con ella.

—La vi un par de veces actuando en su número y le aseguro que, para desvestirse, se daba un gran arte.

—A propósito de eso, señorita Colton. ¿Dónde se conocieron usted y Arthur?

—Le puedo asegurar que no me conoció en un escenario haciendo *strip-tease*.

—¿Dónde?

—En el hipódromo, casualmente.

—¿A qué se dedicaba usted?

—Había tomado unas vacaciones. Venía de Nueva York.

—¿Qué hacía allí, señorita Colton?

—Trabajaba en unas oficinas.

—¿Qué oficinas?

—La Shearer Company, una firma dedicada a la importación. Arthur y yo nos enamoramos... Celebramos nuestro matrimonio dos días más tarde.

—¿Ya no volvió a Nueva York?

—No. Mandé mi renuncia por carta.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Dos años y nueve meses.

—Así que Arthur fue asesinado y durante todo ese tiempo no hubo ninguna nube en su matrimonio.

—No, señor Murton, mi matrimonio fue absolutamente feliz.

—Bien, señorita Colton, ya me voy.

—Si se atreve a volver, llamaré a la policía.

—Estoy acostumbrado a esa clase de amenazas, señorita Colton, pero debo decirle que, si vuelvo por aquí, no será por mi gusto.

Murton se encaminó hacia las cortinas. Pero se detuvo y preguntó:

—¿Cuál es el calibre de su pistola, señorita Colton?

—No uso armas.

Murton la midió de pies a cabeza y contestó:

—Yo diría que sí, señorita Colton, y debo decir que son de lo mejor que he visto.

Los senos de la joven se agitaron tempestuosamente. Fue a contestar algo, pero lo pensó demasiado tarde porque ya James Murton había salido de la habitación.

CAPÍTULO IX

En el Palacio Oriental un empleado le dijo que Rudy Lederer se hospedaba en la pensión de la señora Randall, en la calle Núñez de Vaca.

La señora Randall resultó una mujer muy gorda que llevaba muchos polvos blancos en la cara.

—Tengo prohibido que las chicas reciban hombres en sus habitaciones, ya sabe, señor Murton —leyó la tarjeta del investigador.

—Estoy trabajando, señora Randall. Nunca vi a Rudy y no me interesa como mujer.

—Está bien, suba a la primera planta. Hago una excepción. ¿Sabe...? Es la habitación número catorce.

Murton dio las gracias y subió a la primera planta.

Llamó a la puerta y, tras una corta espera, le abrió una mujer de unos treinta años. Estaba despeinada y se cubría con una bata sucia.

Mostraba grandes ojeras y el color de su rostro no era nada saludable.

—Soy James Murton, investigador privado.

—Hasta la vista —dijo ella y fue a cerrar la puerta.

Murton metió el pie.

—¿Qué le pasa, Rudy? ¿Por qué no quiere atenderme?

—No me gustan los jaleos.

—¿Quién le dijo que se iba a meter en uno?

—Ustedes, los sabuesos, sólo buscan complicaciones.

Murton le enseñó un billete de cinco dólares.

Ella titubeó unos instantes, pero finalmente lo atrapó.

—De acuerdo, pase, pero acabe pronto.

Murton entró en una habitación desaseada.

Rudy se acercó a la mesilla de noche y tomó una botella de *whisky* en la que quedaban dos o tres dedos de licor. Escanció en un vaso.

—¿Bebe, señor Murton?

—No, gracias.

—¿Qué quiere saber?

Rudy Lederer bebió un trago y entonces, James Murton preguntó:

—¿Quién mató a Arthur Chaney?

—Karen Robson.

—¿Cómo lo sabe?

—Es la mar de sencillo. Yo entré en el camerino da Karen y vi a Chaney tendido en el suelo. Tenía un agujero en el pecho. La ventana del callejón estaba abierta. Karen no estaba por ninguna parte.

—Pero usted no vio disparar a Karen sobre Arthur Chaney.

—Claro que no.

—Tampoco vio la pistola.

—No, la pistola no estaba allí.

—Entonces sólo existen indicios.

—Oiga, amigo, yo no entiendo de términos legales.

Rudy apuró el contenido del vaso. Miró con tristeza la botella.

—Tendré que salir para comprar otra.

—¿Usted era amiga de Karen?

—Claro que lo era.

—¿La creyó capaz de cometer un crimen?

—¿Qué importa eso?

—Conteste.

—No, no la creía capaz, pero el caso es que lo hizo...

—¿Le contó Karen sus relaciones con Arthur Chaney?

—Sí.

—Según parece, se iban a casar.

—Eso le había prometido Chaney a ella. Y la muy tonta lo creyó.

—¿No lo creía usted?

—Claro que no.

—¿Por qué?

—Por ella, por Shirley. Yo sabía que esa rubia no soltaría a Arthur... Cuando una mujer como Shirley le echa la zarpa a un

hombre, es muy difícil que él logre escapar de la jaula. Imaginé que Shirley estaría dispuesta a todo para impedir que Karen se saliese con la suya.

—De modo que, Shirley llegaría a todo, incluso a matar.

Rudy miró a Murton asustada.

—Oiga, le dije al principio que no me gustan los jaleos. Ande, váyase ya.

—Shirley pudo matar a Arthur Chaney.

—Oh, no...

—Quizá Chaney le dijo a Shirley que se iba a divorciar... Entonces, ella, viendo la partida perdida, decidió desembarazarse de Arthur. Hacía la gran jugada. Cargaba la culpa sobre Karen Robson y heredaba a su marido...

—No sé de dónde ha sacado eso.

—Mi trabajo consiste en hacer deducciones.

—Pues esta vez se le ocurrió una tontería.

—Shirley no pudo dar una buena coartada. Dijo que estaba en su casa, a solas, pero pudo estar en el camerino de Karen.

—No.

—¿Por qué no...? Shirley pensó que cuando Karen volviese a su camerino, Chaney la seguiría.

—¿Por qué lo iba a saber?

—Porque quizá aquel mismo día Chaney le habló del divorcio como de una cosa que ya estaba resuelta.

—Es absurdo. ¿Cómo iba a entrar Shirley en el camerino? Habría sido un crimen muy complicado. Según usted, dejó sin conocimiento a Karen y mató a Arthur. Luego secuestró a Karen haciéndola pasar por la ventana... Vamos, señor Murton, lo creí más listo. Todo eso parece formar parte de una película de Jerry Lewis —se echó a reír—. Sí, es una escena muy cómica.

—Quizá Shirley sólo hizo una parte.

—No le comprendo.

—Ella esperó en el camerino a que Karen volviese de interpretar su número. La golpeó, dejándola sin conocimiento. Entonces llegó Arthur, y Shirley le disparó la pistola.

—¿Y qué pasó después?

—Shirley huyó por la ventana llevándose consigo la pistola.

—Ya tenemos desvanecida a Karen y a Chaney muerto. ¿Ve

como es incongruente? Yo entré y allí no estaba Karen.

—Porque Karen ya se había marchado.

—¿Quiere decir que lo hizo por su propio pie?

—Karen volvió en sí y escapó por la ventana al ver el cuadro, o quizá le ocurrió algo.

—¿Qué cosa?

—Quizá perdió la memoria.

—Oiga, eso es lo más fantástico que oí en mi vida.

—Pero justificaría el que usted cuando entró en él camerino, sólo vio el cadáver de Chaney... Ande, dígame, ¿cuánto tiempo transcurrió desde que Karen terminó su número y usted vio el cadáver de Arthur?

—Unos quince minutos diría yo.

—Entonces pudieron ocurrir las cosas como dije.

—Sí, señor Murton, todo es posible. También el lobo pudo sustituir a la abuelita y comerse a Caperucita Roja.

Murton se dirigió hacia la puerta.

—Rudy, si quiere ver a Karen Robson podrá hacerlo.

—¿Qué quiere decir?

—¿No sabe que se entregó a la policía?

—No, no lo sabía. ¿Cómo se le ocurrió a esa estúpida volver?

—Se lo dije antes. Ella olvidó lo que pasó en La Llama Roja. Perdió la memoria. Usted le haría mucho bien si fuese a verla.

—No iré.

—Oh, sí, perdón, a usted no le gustan los líos. Pero creí haberla oído decir que fue amiga de Karen.

James Murton salió de la habitación.

Iba por el corredor cuando oyó una carrera a su espalda.

Rudy salió del cuarto número catorce.

—Espere un momento, señor Murton.

—¿Sí, Rudy?

Ella se mordió el labio inferior.

—No, no es nada... Márchese.

—¿Qué quería decirme?

—Le repito que no es nada.

—Si cambia de opinión, llame a mi número —le dio una tarjeta comercial.

Ella la tomó, dio media vuelta y se introdujo otra vez en la

habitación.

Cuando bajó la escalera, la señora Randall dijo:

—Terminó muy pronto, señor Murton.

—Rudy es una chica muy comprensiva.

—Yo diría que es una antipática. Pero yo tengo lo que a usted le conviene, una pelirroja que se llama Marión. Su habitación es la 16.

—Gracias, señora Randall, pero esta temporada no me sientan bien las pelirrojas.

Dicho esto, James Murton abandonó la pensión de la señora Randall.

CAPÍTULO X

James Murton estaba sentado en el sillón giratorio, los pies en la mesa, haciendo anillas de humo con el cigarrillo.

La puerta que comunicaba con la pequeña sala de visitas se abrió dando paso al teniente Arnols Crosman.

—¿Qué tal, teniente...? Siéntese y considérese en su casa.

El teniente se plantó delante de la mesa y pegó un manotazo a los pies de Murton.

—¿Eh, qué le pasa, teniente?

—¿Por qué ha hecho eso, Murton?

—¿A qué se refiere?

—No agote mi paciencia. Usted se hizo pasar por el sargento Cannon para sonsacarle a Karen Robson.

—No, teniente, se equivoca. Ella me confundió con el sargento Cannon.

—Si fue así, usted debió decirle que no era el sargento.

—No me dio tiempo.

—¿Por qué fue al local La Llama Roja? ¿Por qué sonsacó a Ben Remick y a Philip Turner? Y sobre todo, ¿por qué molestó a la señorita Colton?

—Está bien, se lo diré. Me sentí curioso y ahora no tengo ningún trabajo entre manos.

El teniente lo apuntó con el dedo índice.

—Deje el agua correr, Murton. Éste es un asunto claro. Karen Robson mató a Arthur Chaney hace tres años en su camerino de La Llama Roja. Ella huyó después de perder la memoria.

—¿Por qué perdió la memoria?

—¿Eh?

—Tuvo que pasarle algo a Karen para que sufriese de amnesia.

¿Qué fue, teniente?

—¿Yo qué sé?

—Corrientemente, para que una persona quede amnésica, ha de sufrir un traumatismo en el cráneo.

—Muy bien. Karen sufrió un traumatismo y perdió la memoria, ¿está satisfecho?

—¿Cuándo sufrió el traumatismo, teniente?

—Se debió golpear cuando huía.

—Pudo sufrir el traumatismo antes de que muriese Chaney.

—¿Quién le ha dicho eso, Murton?

—Sólo lo pienso como una posibilidad.

—He oído majaderías, pero ésa se lleva el premio.

—¿Me va a decir que no pudo ocurrir?

—Oh, sí, claro, pero sería una posibilidad entre un millón.

—Me conforma con eso.

—Yo no, Murton. Yo me quedo con cualquiera de las otras novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve probabilidades.

—Sí, ya veo que a usted le gusta jugar a lo seguro.

—Soy un policía, no un aficionado a la ruleta.

—Es una lástima.

—¿Por qué una lástima?

—Si las cosas hubiesen pasado de distinta forma, la historia sería más bonita.

—No me interesa conocer su hipótesis. Le repito que todo está claro, y usted no me va a enredar como otras veces lo ha hecho.

El teniente se encaminó hacia la puerta, pero antes de salir se volvió bruscamente.

—Murton, deje en paz a Shirley Colton... Esta vez no tiene ningún agarradero. Karen Robson no es su cliente. Si el capitán Sanders se entera de lo que está haciendo, ya puede jurar que esta noche dormirá sin su licencia.

—Dele saludos de mi parte. Pero no me dijo lo más importante, teniente.

—¿Qué cosa?

—¿Recordó algo Karen Robson?

—No, no recordó nada. Llegó su marido. Es un personaje importante, se llama Preston Collier y es candidato a la alcaldía de

Unionville. Fue un periódico de allí quien descubrió la verdad.

—¿De qué forma?

—Un periodista, Eric Brent, vio una antigua fotografía de Rosalind Collier, que es así como ahora se llama. Bueno, en realidad lo que Brent estaba viendo era una fotografía de Karen Robson. Brent vino a Nueva Orleans y resucitó el asunto.

—¿Con quién habló?

—Con Rudy Lederer.

—¿Sólo con ella?

—Sí, con nadie más.

—¿Dónde se hospeda Preston Collier?

—En el Hotel Maine... Pero quédese quieto, Murton, ¿lo oye?
¡Quédese quieto!

El teniente salió de la oficina.

Murton sonrió.

Estaba seguro de que el teniente le había dado aquella información para que no se estuviese quieto. ¿Sería quizá que el teniente tenía en cuenta aquella posibilidad entre un millón?

En aquel momento, la campanilla del teléfono se puso a sonar.

—Señor Murton, soy Rudy Lederer.

—Justamente me disponía a marcar su número... Quería hablar con usted acerca de Eric Brent, el periodista de Unionville.

—Señor Murton, no estoy en la pensión... Será mejor que venga.

—¿En dónde está, Rudy?

—En un bar de la calle Versailles, se llama Hostería de Luis XVI... Dese prisa, me persiguen, pero laya despistarlos.

—¿Por qué la persiguen?

—Es mejor que venga enseguida.

—Dígame sólo por qué la persiguen.

—Usted acertó, señor Murton. Karen Robson no asesinó a Arthur Chaney... Por favor, dese prisa.

—Voy ahora mismo...

Murton colgó y dio dos pasos hacia la puerta. Ésta se abrió de pronto y dos hombres entraron en el despacho.

Sin mediar ninguna explicación, el más alto descargó una cachiporra sobre la cabeza de Murton.

El detective trató de evitar el golpe en el último momento, pero la cachiporra le cazó el cuello.

Dio un traspiés sintiendo que se ahogaba y, entonces, el otro tipo le golpeó en la nuca.

Murton cayó de rodillas en el suelo.

Todavía no había perdido el conocimiento.

Una mano lo atrapó por el cuello y tiró de él alzándole la cara.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas y, a través de ellas, vio la cara simiesca del más alto de sus agresores.

—¿Me oye, Murton?

James continuaba ahogándose y no pudo contestar.

Lo hizo por él el otro gorila:

—Claro que te oye. Lo que pasa es que el muchacho se ha quedado sin palabras.

—Escuche, Murton —dijo el primero—. Deje de importunar a la señorita Colton. Lo que hizo usted fue de poca educación. Se metió en la casa... ¿Qué pasaría si los ciudadanos no estuviesen seguros en su propio hogar?

Murton alargó la mano, atrapó un trozo de estómago del fulano que le hablaba y lo retorció con todas sus fuerzas.

El individuo no pudo sostener su precaria ventaja.

El otro tipo estaba en pie y le asestó un cachiporrazo en la oreja.

Murton sintió tanto dolor que creyó que se volvía loco.

Otra vez lo cazaron en la mejilla.

Se tendió en el suelo pensando que la muerte sería algo delicioso porque acabaría con aquel tormento.

Pero no acabó.

Recibió un puntapié en la ingle.

—Deja que le machaque, Ernie...

—No, Gregory, ya recibió bastante, lo matarás.

—Es lo que merece este hijo de perra, que lo mate.

—No fue eso lo que nos dijeron, recuerda. Sólo que le diésemos un escarmiento.

—Está bien.

—Vámonos de una vez.

Murton oyó que los dos hombres salían de la oficina.

No supo cuánto tiempo estuvo tendido en el suelo. Pudo ser media hora, o quizá más.

Cuando trató de moverse, oyó un gemido.

Había salido de su garganta.

Dejó transcurrir más minutos.

Finalmente, pudo levantarse y, apoyándose en los muebles, llegó al sillón giratorio y se dejó caer en él.

Abrió un cajón y sacó una botella de *whisky*. Bebió un trago, y luego mojó el pañuelo pasándolo por las heridas que tenía en la cara y cabeza.

Le escoció mucho, pero se sintió mejor.

Consultó el reloj y entonces supo que había transcurrido una hora desde que recibió la visita de los matones.

Buscó en la guía el número de la Hostería de Luis XVI y lo marcó.

Se puso un empleado.

—Oiga, quiero hablar con una joven. Su nombre es Rudy Lederer. Debe estar ahí... Soy James Murton.

—Ahora la llamo...

Oyó cómo el empleado voceaba el nombre de Rudy Lederer.

Transcurrieron unos minutos y escuchó de nuevo al hombre que le había atendido.

—No, señor Murton, la señorita Lederer no está aquí...

—Es una joven de cabello rubio, de unos treinta años, delgada, ojos azules... Me hizo una llamada desde ahí hace cosa de una hora... Dijo que me esperaría... Por favor, pregunte si dejó algún recado para mí.

—Está bien, voy a preguntar —repuso el empleado con mal humor.

Mientras esperaba, Murton encendió un cigarrillo. Le supo a paja.

—Oiga, señor Murton, un camarero recuerda a la señorita Lederer. Se sentó a una mesa después de hacer una llamada... Pero se marchó de pronto. Parecía tener mucha prisa.

—¿No dejó ningún recado?

—No.

—Gracias.

James dejó el auricular y se puso en marcha.

Viajó en su convertible color crema hasta la comisaría.

El sargento Jackie Cannon arrugó la nariz al verlo entrar.

—¿Viene otra vez a sustituirme, Murton?

—No, Cannon. Cada cual debe ocupar su puesto y para usted es

un buen castigo estar ahí.

—Muy chistoso... Parece que tuvo pelea.

—Un par de amigos se acordaron de que no me hicieron su regalo el día de mi cumpleaños...

—Unos muchachos muy atentos... Yo en su lugar iría al hospital a que me hiciesen una cura.

—¿Está el teniente?

—Sí, pero le aseguro que él no estudió el curso de enfermera.

—Sargento, un día de éstos voy a escribir a la TV. para que lo contraten como guionista en el *show* de Dick Van Dyke.

—Cuenta con un diez por ciento.

—Muy generoso.

Murton abrió sin llamar la oficina del teniente Arnols Crosman.

—Eh, Murton —rió el teniente al ver la cara del investigador—. No debería elegirlas tan impulsivas. Yo también conocí a una de ésas...

—Dé orden de que busquen a Rudy Lederer.

—¿Rudy Lederer?

—Sí.

—¿Por qué hemos de buscarla?

—Porque es posible que ya la hayan matado.

—¿De qué está hablando, Murton?

—Escuche y verá.

A continuación, Murton contó al teniente lo que Rudy le había dicho por teléfono desde la Hostería y lo que le pasó después.

—¿No es ninguna jugarreta de las suyas, Murton?

—¿Cree que puedo gastarle una jugarreta en las presentes circunstancias, teniente?

Crosman titubeó unos segundos y por fin dijo:

—Daré aviso a los coches-patrulla.

Salió de la habitación y regresó al cabo de unos minutos.

—Dígame todo lo que piensa del asunto, Murton.

—No sé más de lo que le he dicho. Pero creo que es suficiente para pensar que las cosas no pasaron como usted creía...

—Yo me atengo a las pruebas, Murton. Usted es un franco-tirador de la profesión... A mí me pagan para encerrar a los delincuentes en la celda. Se supone que debo entregarlos empaquetados al fiscal del Distrito, y son el fiscal y los abogados los

que han de buscar los tres pies al gato.

—¿Se da cuenta de que Rudy Lederer fue la informante de Eric Brent?

—¿Y qué?

—Rudy pudo contarle una sarta de mentiras.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Dinero.

—No diga tonterías. Usted mismo confiesa que se encontró a Rudy Lederer en una pensión de mala muerte.

—Quizá ella recibió el pago cuando ocurrieron los hechos. Tenga en cuenta que ya pasaron tres años.

Así diciendo, Murton descolgó el auricular y marcó el número de La Llama Roja.

A la otra parte zumbó la señal tres veces antes de que descolgasen.

—¿Quién llama? —preguntó la voz de Bill Farnum.

—Señor Farnum, soy James Murton.

—Váyase al diablo...

—Farnum, si cuelga, iré por ahí.

—¿Qué quiere ahora, maldita sea?

—Usted conoció a Rudy Lederer.

—Fue por poco tiempo. Se marchó poco después que yo me hice cargo de La Llama Roja.

—¿Por qué se marchó? ¿La despidió usted?

—No, lo hizo por su propia decisión. Dijo que se iba a tomar las vacaciones que había estado esperando durante muchos años.

—¿Y a dónde fue?

—No lo dijo.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—¿Cómo quiere que sepa eso? Sólo recuerdo que vino aquí a despedirse de sus antiguas compañeras. Dijo que durante unas semanas viviría a lo grande... —Hizo una pausa y agregó con retintín—: ¿Se le ofrece alguna cosa más, señor Murton?

—Sólo eso, por ahora —repuso el investigador y colgó.

Explicó al teniente lo que Farnum le acababa de contar sobre Rudy.

—Eso no prueba nada. Esa clase de mujeres siempre puede mejorar de situación. Es una cosa corriente entre ellas. Suben y

bajan.

—Y Rudy subió, precisamente, cuando Chaney fue asesinado.

—Fue una coincidencia.

—Sí, y también pudo ser que Rudy se marchase sola, sin el millonario, porque había recibido dinero por su colaboración en el crimen.

—¡No creo una palabra de eso! —gritó el teniente, pegando un manotazo en el aire—. ¡Todo lo suyo son fantasías!

En aquel momento entró el sargento Cannon.

—Teniente —dijo—, un coche-patrulla acaba de encontrar el cadáver de Rudy Lederer.

CAPÍTULO XI

El policía levantó la sábana.

Rudy Lederer estaba casi desnuda. En el pecho y vientre exhibía verdugones y manchas rojas.

Sus ojos estaban desorbitados y asomaba unas pulgadas de lengua por entre los dientes. En su cuello se veían también otras marcas alargadas.

—Sí, es ella —dijo Murton, sintiendo que el estómago se le descomponía.

El agente cubrió el cadáver con la sábana.

La habían encontrado en una zanja, cerca del río. Fue un muchacho de dieciséis años que circulaba por allí en bicicleta. Vio un zapato de mujer y se detuvo. Luego encontró un trozo del vestido entre los arbustos, y enseguida el cuerpo de Rudy. Era él quien había avisado al coche-patrulla.

El teniente Crosman encendió un cigarrillo y dio una larga chupada.

—Es una canallada —dijo Murton—. Lo pagarán, teniente.

—No empiece a hablar así...

—¿Cómo quiere que hable...? ¿Es que no lo vio? ¡La estrangularon después de violentarla!

—Quizá fue sólo eso, que la violentó alguien que estaba enamorado de ella.

—Ni usted mismo piensa seriamente eso...

—¡Otras veces ha ocurrido, maldita sea! Esas mujeres pueden estar con cien hombres, y cuando sienten repugnancia por uno de ellos, mueren como las doncellas.

—¿Por qué quiere acallar su conciencia, teniente?

—¡No quiero acallar nada!

—Entonces debe de tener en cuenta todos los detalles para sacar una conclusión. Rudy Lederer informó a Eric Brent del pasado de Karen Robson. Cuando Arthur Chaney fue asesinado, Rudy percibía una cantidad de dinero, que le permitió dejar La Llama Roja. Rudy me hizo una llamada hace dos horas para decirme que yo tenía razón, que Karen Robson no había matado a Chaney y agregó que estaba siendo perseguida. Recibo dos matones para impedirme que acudiese a la cita de Rudy, y ahora ella está muerta... Todo eso es lo que debe considerar para llegar a una conclusión sobre la muerte de la muchacha.

—Muy bien, haré una investigación, pero usted se va a apartar de esto, Murton.

—No puedo.

—¡Claro que puede! ¡Usted no tiene ningún cliente!

Murton echó a andar.

—¿Adónde va. Murton? —gritó Crosman.

—En busca de un cliente.

El investigador privado viajó en su coche hasta la zona de estacionamiento del Hotel Maine.

Preguntó en el comptoir por Preston Collier y le dieron el número de su habitación.

Subió a la tercera planta y llamó en la habitación número 187.

Le abrió un hombre de aspecto cansado.

—¿Señor Collier?

—Sí.

—Soy James Murton, investigador privado.

—¿Qué quiere?

—Trabajar en favor de su mujer.

Collier lo miró más atentamente.

—Pase, señor Murton.

James entró en la habitación y Collier, después de cerrar, dijo:

—Es muy amable por ofrecerse, señor Murton, pero me temo que no pueda hacer nada.

—Opino de distinta forma.

—Estuve hablando con el teniente Crosman. Para él está fuera de toda duda que Rosalind, quiero decir Karen, mató a Chaney.

—Ahora han cambiado las cosas.

Collier arrugó el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Murton le contó la historia desde el momento en que él conoció a Karen.

Preston Collier escuchó en silencio y luego dijo:

—No sé cómo agradecerle lo que está haciendo, señor Murton. Usted me abre una puerta a la esperanza.

—Mis honorarios son cuarenta dólares diarios, más los gastos.

—Estoy conforme y al final de su investigación le daré un cheque, aparte de sus honorarios, sea cual fuere el resultado.

—Gracias, señor Collier. Ahora debo marcharme. Tengo mucho trabajo por delante.

Murton bajo en el ascensor y se metió en una cabina telefónica del vestíbulo.

Marcó el número de Nancy.

—Hola, nena... —dijo cuando oyó la voz de la joven.

—¿Qué haces ahí, James...? Hace más de una hora que te estoy esperando.

—Nancy, debes ser comprensiva...

—¿Qué pasa?

—No puedo cenar contigo esta noche.

—Oh, no tú no me puedes hacer a mí eso... ¡No lo consentiré!

—Tranquila, Nancy...

—¡Eres un reptil, un miserable!

—Surgió un cliente.

—¡Esta vez no me la vas a pegar...! Se trata de otra mujer, confíesalo, Barba Azul.

—No, Nancy, te equivocas...

—¡Óyeme bien esto, James Murton...! ¡Bórrame de tu lista! ¡Olvídate de mi número telefónico! ¡Olvídate de mi nombre! ¡Olvídate de que existo!

—Nancy, espera...

—¿Sabe lo que le digo, señor Murton...? ¡Búsquese otra tonta que lo soporte!

Luego, Murton oyó un golpe que le hizo daño en el oído.

Dio un suspiro mientras dejaba el auricular en la horquilla. Nancy tenía un genio de mil diablos, pero era la chica que más le gustaba. Claro que reunía buenas condiciones para ello. Un cuerpo maravilloso y un rostro bello.

Seguía pensando en Nancy mientras viajaba en su convertible hacia aquel barrio residencial donde reinaba una gran paz.

Dejó el auto estacionado junto al bordillo de la acera, dos números antes de llegar al de Shirley Colton.

La casa estaba envuelta en la oscuridad y en el silencio.

Murton subió al porche y apretó el timbre.

Oyó pasos a la otra parte y esta vez no le abrió la doncella, sino la propia Shirley.

La rubia tenía una pistola en la mano.

CAPÍTULO XII

—Buenas noches, señorita Colton.

—No van a ser tan buenas para usted.

—Me gusta que me amenacen las mujeres hermosas. Tienen algo especial cuando lo hacen. Por ejemplo, el brillo de sus ojos es más intenso... Yo diría que ganan belleza.

—Entre de una vez y no se quede ahí.

—Oh, sí, perdone...

Murton entró en la casa.

—Pase al *living* —dijo ella, mientras cerraba la puerta.

Murton entró en la habitación que ya conocía.

Se volvió hacia la joven, la cual continuaba apuntándole con la pistola.

—¿Puedo sentarme?

—Desde luego.

Murton fue a meter la mano en la axila.

—No haga eso, señor Murton, o lo baleo.

—No quise que se molestase y yo mismo me iba a despojar de la pistola. Naturalmente, utilizando dos dedos.

—Lo haré yo.

—No se fía, ¿eh?

—No, no me fío de usted. Apoye las manos en la pared.

Murton se puso tal como ella le decía.

—Abra las piernas.

El detective sonrió mientras separaba las piernas.

—Parece que tiene experiencia para desarmar a un profesional, señorita Colton.

Shirley se acercó por detrás de él y le clavó el cañón de su pistola en la espina dorsal de Murton.

—No haga el menor intento por librarse de mí, señor Murton. Una vacilación por su parte, y le quiebro el espinazo.

—Soy un muchacho dócil cuando peligra mi vida.

La muchacha le quitó la pistola y se retiró rápidamente.

—¿Puedo volverme? —preguntó Burton.

—Sí, ya puede hacerlo.

Vio a Shirley sonreír por primera vez.

—¿Por qué hace todo esto, señorita Colton? No le va a servir de nada.

—¿Por qué cree que no me va a servir de nada?

—El teniente Crosman llegará de un momento a otro. El también se siente muy interesado por sus actividades...

—Tengo que darle una mala noticia, señor Murton.

—No me diga que el teniente Crosman llegó aquí, usted lo mató y lo enterró en el sótano.

—No sea estúpido.

—¿Qué es, entonces?

—El teniente Crosman ya estuvo aquí, pero se marchó. Lo cual quiere decir que no volverá.

—Quizá sí.

—No, señor Murton. Se equivoca. El teniente Crosman quedó muy satisfecho del interrogatorio a que me sometió... Hice muy bien mi papel.

—Así que confiesa que representó una comedia.

—Es posible.

—Usted mató a su marido.

—Tuve que hacerlo.

—Arthur se iba a divorciar de usted.

—Se dejó engatusar por esa gata hambrienta que era Karen Robson... El muy idiota no se dio cuenta de que a ella lo único que le interesaba era su dinero.

—Imagino que Arthur le ofrecería una compensación económica al divorciarse.

—Sí.

—Debió conformarse con eso.

—¿Y qué Karen disfrutase de todo lo que yo iba a dejar?

—Cometió un crimen muy complicado.

—No lo preparé tal como salió.

—¿Quiere decir que todo resultó sorpresivo?

—Desde el principio al fin porque, entérese de una vez, yo no iba a matar a mi marido.

—Así que pensaba solamente eliminar a su rival.

—Sí, sólo eso.

—Entiendo, se buscó una colaboración, la de Rudy Lederer.

—Ella me abrió la puerta trasera del callejón mientras Karen Robson interpretaba su número.

—¿Cuánto pagó a Rudy por su trabajo?

—Quinientos dólares.

—Fue barato. Pero, dígame: ¿qué pasó cuando entró usted en el camerino?

—No había nadie y tuve que esperar... Ocurrió la primera cosa imprevista. Se presentó primero mi marido. Quería darle una sorpresa a Karen. Le había comprado el anillo de desposada.

—Para él también debió resultar muy sorpresivo encontrarse en el camerino con usted.

—Lo fue. —Shirley rió—. Aún recuerdo el gesto de estupidez que puso al descubrirme allí.

—¿Qué pasó?

—Le vi en la mano el estuche del anillo y le dije que me lo enseñase. No quiso, dijo que era para Karen y que ella sería la primera en verlo... Le dije que era un canalla. Por primera vez en su vida se rió de mí. No pude soportarlo. Saqué la pistola y, sin detenerme a pensar en nada, apreté el gatillo... VI cómo caía hacia atrás como un muñeco... De pronto, se abrió la puerta y entró Rudy. Se quedó asombrada, porque también ella esperaba que la víctima fuese Karen Robson. Nadie más oyó el disparo ya que en aquel momento en los camerinos no había nadie. Todas estaban en el salón viendo el *strip-tease* de la mejor artista del espectáculo, Karen Robson... Tranquilité a Rudy, le dije que todo saldría bien... Ella quiso marcharse, pero yo no la dejé. Tenía miedo de quedarme con Arthur a solas... Además, cuando viniese, teníamos que actuar muy aprisa. Entre Rudy y yo lo haríamos mucho mejor...

Shirley hizo una pausa.

—¿Le canso, señor Murton?

—No, en absoluto, está haciendo un relato muy ameno. Continúe.

—Al fin llegó Karen... Yo estaba detrás de la puerta. Apenas cerró, la golpeé con la pistola en la cabeza. Karen cayó al suelo desvanecida. Lo demás fue fácil. Tomé la sortija y escapé por la ventana. Rudy volvió a su camerino. Tenía que regresar al cabo de quince minutos para descubrir el crimen...

—Y en esos quince minutos ocurrió otra cosa que usted no había previsto. Karen al volver en sí y al ver el cadáver huyó. Pero lo hizo sin saber ya quién era, porque el golpe que usted le propinó en el cráneo le produjo una amnesia total.

CAPÍTULO XIII

—No creo en la historia de la amnesia, señor Murton —dijo Shirley.

—¿Por qué no?

—Pienso que es una fábula de esa gata hambrienta. —No, señorita Colton, no es una fábula. Karen Robson perdió la memoria. Y ha ocurrido una cosa muy curiosa.

—¿A qué se refiere?

—Su crimen habría quedado impune si no se hubiese dejado llevar por su afán de venganza. Seguro que usted autorizó a Rudy Lederer para contar la historia a ese periodista. Usted se informó que Karen Robson, con el nombre de Rosalind Collier, se había convertido en la mujer de un hombre público, de un aspirante al cargo de alcalde.

—Sabía que tarde o temprano tendría que ajustarle las cuentas a Rudy y quise que me hiciese un último favor.

—De modo que, había pensado matar a Rudy, aunque no hubiese surgido Eric Brent.

—Sí, señor Murton.

—Entiendo, la chantajeaba.

—Se conformaba con pequeñas cantidades. Un par de centenares de dólares al mes.

—Eso es mucho dinero al cabo de tres años. ¿Cuánto recibió de Bill Farnum por el traspaso de La Llama Roja?

—Cincuenta mil dólares.

—No es mucho...

—Lo es si se sabe invertir bien. Me asocié con Cliff Grauman, dueño de un hipódromo.

—Oh, sí, debí imaginar que estaría relacionada con algún personaje de esa índole desde que recibí el par de gorilas en mi

oficina. Ellos son empleados de Cliff.

—Sí, señor Murton. Necesitaba dos tipos que le diesen a usted una buena paliza, y la profesión de ellos es ésa, meter en cintura al que se desmanda.

—¿También mataron ellos a Rudy?

—No. Eso fue cosa de otro empleado de Cliff, de un profesional llamado Don Keller.

En aquel momento se oyeron pasos en el vestíbulo y entró en el *living* un joven de unos veinticinco o veintiséis años.

—¿Lo escuchó todo, señor Brent? —preguntó la hermosa Shirley.

Murton miró al joven con ojos chispeantes.

—¿Es usted Eric Brent, periodista de Unionville?

—Acertó, señor Murton.

—Por si no lo sabe, está mezclado en un asunto de asesinato, Brent. Violentaron y asesinaron a la mujer con la que usted sostuvo la entrevista acerca de Karen Robson.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabe y está conforme con todo?

Eric Brent sonrió.

—Éste va a ser el mejor negocio de mi vida, señor Murton. Cada hombre ha de esperar su oportunidad, pero cuando pasa por su lado, debe aprovecharla.

—Muy bien, aproveche ésta y lo colgarán.

—No sea melodramático, señor Murton. A nadie van a colgar. No tengo nada que ver con las muertes que sobrevinieron en Nueva Orleans... Yo no maté a Arthur Chaney, ni siquiera lo conocí, no he matado a Rudy Lederer, y tampoco le voy a matar a usted...

—Entiendo, sólo le interesa la política. Usted trabaja para el alcalde de Unionville, para William Nilsson...

—No lo voy a negar.

—¿Cuánto le paga el alcalde, Brent?

—Me pagó dos mil cuatrocientos dólares, pero él no sabe ahora que me tendrá que abonar mucho más por mi trabajo extra.

—Alguien le parará a usted los pies y también se los parará al alcalde.

—No sea iluso, Murton. Le repito que ni el alcalde ni yo tenemos nada que ver con lo que pasa aquí... ¿Qué culpa tenemos nosotros

de que Karen Robson fuese una bailarina de *strip-tease* y de que matase a Arthur Chaney?

—Ella no lo mató, fue Shirley quien lo hizo. Lo acaba de confesar y usted lo debe haber oído.

Brent se metió el dedo índice en la oreja y lo sacudió allí.

—Qué pena, a veces soy un poco sordo.

—Conozco esa clase de sordera —repuso Murton—. Es muy frecuente, pero le aseguro que yo curé a muchos.

—No me curará a mí, Murton.

Shirley intervino:

—Señor Brent, le prometí que no habría interferencias y he cumplido mi palabra. Puede regresar a Unionville y asegurar al alcalde que Karen Robson será declarada culpable de la muerte de mi esposo Arthur Chaney.

—El alcalde recibirá con mucha satisfacción esa noticia, señorita Colton. Gracias por todo.

Brent se volvió sonriente hacia Murton y le hizo un saludo con la mano.

—Lamento no tener tiempo para hacerle una entrevista, señor Murton. Me informó acerca de usted y sé que me hubiese podido contar historias muy interesantes...

—Quizá le cuente una muy pronto.

—No espero reunirme con usted en el infierno, al menos hasta que hayan transcurrido treinta o cuarenta años —respondió Brent sin borrar su sonrisa—. Hasta la vista, señorita Colton.

Brent salió al *living* y poco después oyeron que se cerraba la puerta de la calle.

Shirley levantó la pistola.

—¿Ya va a disparar? —inquirió Murton.

—Sí.

—Espere un momento.

—No puedo, señor Murton, tengo prisa por acabar con usted.

—Se me está ocurriendo un negocio que podríamos hacer usted y yo. Sacarle el dinero en grande al alcalde de Unionville.

—Es usted más tonto de lo que creía, Murton... Claro que haré negocio con el alcalde de Unionville. La próxima reelección le va a costar mucho dinero, pero ese negocio lo haré yo sola, sin necesidad de repartir los beneficios con nadie... No, señor Murton, no hay

salvación para usted. Llegó su última hora. Ya voy a poner en marcha la bala que va a acabar con su cochina vida.

Murton apretó los maxilares.

Pensó en Nancy y en lo bien que lo habría pasado cenando, bailando y paseando con ella. No la volvería a ver. Ni siquiera escucharía sus gritos de mal genio.

CAPÍTULO XIV

Otra vez se abrió la puerta de la casa.

Pero no era Eric Brent, sino un tipo grande, que vestía un traje a rayas y sombrero oscuro y exhibía un grueso brillante en la corbata azul turquesa.

Murton lo conocía de vista. Era uno de los grandes de los hipódromos del Sur, Cliff Grauman.

—Shirley, ¿qué ibas a hacer? —Gruñó.

—Lo iba a matar.

—Qué grande eres tú. Lo ibas a matar como si fuese un pollo.

—Quizá pensó cocinarme para que me comiese usted, Grauman —repuso Murton.

—Calle la boca, sabueso. No le dije que hablase.

—Le conviene que hable porque le voy a dar un consejo.

—¿Cuál?

—Deje que me marche y apártese de Shirley. Ella es una asesina.

Cliff Grauman sonrió torciendo la boca.

—Tenía ganas de conocerlo. Murton... He seguido en los periódicos su carrera. Ha matado a mucha gente y algunos amigos me dijeron que era usted temible. Yo nunca creí en su leyenda...

—Pregunte en la Morgue y se convencerá de que no es una leyenda.

—Liquidó a tipos de tres al cuarto. Yo dije a mis amigos que, si algún día se cruzaba usted en mi camino, lo apartaría como si fuese una mosca... Y ya lo ve, se cruza justamente cuando no era precisa mi intervención. Una mujer iba a acabar con usted, ¿no le da a usted vergüenza?

—Pero no me negará que la mujer que me iba a llenar de agujeros vale la pena porque es toda una hembra.

—Ella no va a acabar con usted.

Un hombre había aparecido sigilosamente por entre las cortinas. Tenía cabello rubio y usaba traje y guantes oscuros. Su cara parecía esculpida en mármol blanco.

—Le presento a Don Keller, Murton —dijo Cliff Grauman.

—¿Cómo está, asesino?

Don Keller habló moviendo imperceptiblemente los labios.

—Ya tiene poca cuerda, Murton.

Cliff Grauman lanzó una carcajada.

—¿Qué le parece mi chico? ¿Oyó lo que dijo?

—Sí, lo oí, y me pareció un retrasado mental. ¿De qué hospital de enfermos mentales lo sacó, Grauman?

—Que sea él mismo quien se lo diga, pero no va a ser aquí, señor Murton. Don Keller se lo llevará.

—¿Los dos solos?

—Sí, los dos solos. Pero no crea que se le va a escapar a Don. Es un muchacho que vale mucho.

Don sacó una pistola.

—Andando, Murton. Usted conducirá su coche y yo estaré a su lado. Si intenta algo, le meteré una bala antes de tiempo... No correrá a más de cincuenta millas. ¿Comprendió las instrucciones?

—Habló muy aprisa, pero creo que las entendí todas.

—Lo celebro. Eche a andar.

Murton se dirigió adonde estaba el rubio.

—Señor Murton —dijo Grauman—, cuando mañana aparezca en los periódicos la noticia del descubrimiento de su cadáver, voy a pasar el mejor rato con mis amigos. Sí, señor, va a ser un gran triunfo para mí, pero yo, en el fondo de mi corazón, pensaré que ha sido un trabajo demasiado fácil desembarazarme de usted. Palabra que hubiese deseado algo más complicado.

Murton no dijo nada y salió al vestíbulo.

Don Keller lo siguió.

—Abra la puerta, Murton. Voy a guardar la pistola en el bolsillo pero no dejaré de apuntarle. Le advierto que conozco todos los trucos que puede hacer un hombre para intentar escapar. Desde hace doce años me dedico a lo mismo, a quitar de en medio a la gente.

Murton abrió la puerta.

No tuvo ninguna oportunidad para revolverse contra Keller.

Y tampoco la tuvo al meterse en el automóvil.

Don Keller se sentó a su lado y le sonrió.

—¿Lo vio, Murton?... No tendrá ninguna oportunidad. Ahora eche a andar el convertible.

—¿Hacia dónde vamos?

—Al río. Cuando lleguemos allí, ya le diré el camino.

Llegados al río, Keller le señaló el camino que debía seguir, uno que había a la derecha.

Al cabo de tres millas, desapareció todo vestigio de civilización.

Se estaban internando por la zona pantanosa.

—Eh, Keller, ¿queda muy lejos su cementerio particular?

—Ya estamos llegando.

—Se me ocurre una idea para no perderme. Conduzca usted.

—Un chiste muy bueno, señor Murton, pero usted maneja bien el volante. Se le nota que goza con ello y no quiero privarle de su último placer.

James soltó un gruñido.

Sabía que, a cada milla que recorrían, se aproximaba más a la muerte.

Había empezado a sudar.

—Ya se está derritiendo —rió Keller.

—Hace una noche muy calurosa.

—Sobre todo para usted.

—Sí, no lo niego. Esa pistola que tiene en la mano calienta mucho.

—Yo, en cambio, estoy frío, ya ve lo que son las cosas. Cuidado con ese tronco que hay en el camino, apártese de él...

Murton hizo girar el volante, pero no lo suficiente para evitar el tronco.

El auto dio un salto.

Murton también saltó y se volvió hacia Keller.

Pero Keller le metió la pistola en el estómago.

Murton interrumpió su movimiento.

—¿Qué iba a hacer, Murton?... ¿Cree que soy tonto? Ya le dije que conozco todos los trucos... En cuanto vi el tronco supe que lo utilizaría para sorprenderme.

—Es usted muy vivo, Keller...

—Ande, siga adelante.

—Creí que ya habíamos llegado.

—Sólo falta un cuarto de milla para llegar a su fosa.

Murton puso otra vez en marcha el vehículo.

Tenía la impresión de que había perdido su última oportunidad.

—Salga del camino ahora —ordenó Keller.

Murton obedeció.

—Párese, y no lo haga bruscamente.

Murton frenó el convertible.

—Baje —dijo Keller.

Abrió la portezuela.

Entonces, Murton saltó por el otro lado en una fracción de segundo.

El rubio hizo fuego.

La bala chocó contra la portezuela.

Keller lanzó una carcajada.

—No tiene armas, Murton. ¿Qué espera con eso? Ande, salga.

Pero Murton no se dejó ver.

—Muy bien, sabueso, yo iré por usted.

Keller rodeó la proa del automóvil y dio un salto hacia la derecha, el dedo en el gatillo.

Esta vez no llegó a disparar porque no vio a Murton por ningún lado.

—Maldito, ¿dónde se metió?...

Sólo le contestaron las ranas y los grillos que habitaban la floresta.

De repente oyó un ruido a su espalda.

Se revolvió haciendo fuego.

Un animal de cuatro patas huyó por entre los arbustos. Keller volvió a mirar al frente.

Estaba nervioso.

—Murton, quiero llegar a un acuerdo con usted... Vamos, salga, no le haré nada... Tiene mi palabra. Usted ya no puede molestar a la señorita Colton ni a Cliff Grauman. Es demasiado listo para hacerlo.

Mientras hablaba, echó a andar junto al auto, hacia la parte trasera.

Al llegar allí saltó otra vez, girando hacia la izquierda.

Tampoco vio a Murton.

Keller sacó con la mano libre el pañuelo.

También él estaba sudando.

¿Cómo había sido tan estúpido para dejarse sorprender?... Era la primera vez que le ocurría.

Pero a Murton no le serviría de nada su estratagema, porque no se le podía escapar.

De pronto, Murton cayó sobre él.

Los dos se derrumbaron en tierra.

Murton lo atrapó por la muñeca armada y la retorció. Dio un tirón fuerte y la pistola voló por el aire, yendo a parar lejos de los dos contendientes.

Luego, Murton le soltó un puñetazo, en la mandíbula.

Keller le contestó con un rodillazo.

Murton rodó por el suelo.

Keller se levantó y echó a correr hacia donde había ido a parar la pistola.

Murton corrió en la misma dirección.

Los dos se arrojaron sobre el arma.

Se trabaron a dos palmos de la pistola.

Los dos miraron el arma porque era el instrumento con el que cualquiera de ellos podía decidir la pelea a su favor.

Forcejearon. Allí el terreno formaba un declive.

Keller logró desembarazarse de la mano de Murton y tomó la pistola.

Murton lo volvió a apresar por la muñeca.

Otra vez se pusieron a rodar por el terreno inclinado.

Sonó un disparo.

Miles de pájaros fueron despertados y levantaron el vuelo, produciendo un ruido atronador.

Murton había quedado encima de Keller.

Se apartó de él.

Keller lo miró con los ojos agrandados. Tenía una herida en el centro del pecho.

—Es usted... un... suertudo —dijo el asesino profesional y expiró.

Cliff Grauman era propietario del Club 21, además de tener negocios en varios hipódromos de cuatro Estados del Sur.

Estaba cenando con Shirley, que lucía un vestido de generoso escote.

Grauman tomó una mano de Shirley entre las suyas y la besó.

—Eres la mujer más hermosa que hay aquí esta noche.

—Es un lindo requiebro.

—He pensado que tú y yo tomemos unas vacaciones.

—¿En Miami?

—Hay un lugar que puede resultar más divertido para nosotros: Unionville. Ya sabes, esa ciudad donde se van a celebrar las elecciones para alcalde.

—¿Qué has pensado, Cliff?

—Lo mismo que tú, querida. Parece que, gracias a nosotros, el señor Nilsson va a resultar elegido, y ya es tiempo de pasarle la factura.

—¿Cuánto le vas a pedir?

—Ahí está lo bueno, que no va a ser dinero en efectivo, aunque a la larga nos resultará más provechoso.

—¿Qué tienes en la cabeza, Cliff?

—Lo vas a saber enseguida. El señor Nilsson me concederá la exclusiva del juego en su ciudad.

—Probablemente ya la tendrá dada a otra persona.

—Sí, y puedes estar segura de que se trata de un testaferro del propio alcalde, Pero eso me importa un rábano. El señor alcalde tendrá que dedicarse a negocios más limpios si quiere llenar su bolsa.

Shirley rió.

—Eres el mismo diablo. Yo había pensado sacarle dinero, pero confieso que tu idea es mejor que la mía.

—Gracias, pequeña.

—Sólo falta un pequeño detalle para que nuestra dicha sea completa, Cliff.

—¿Sí?...

—Cásate conmigo, Cliff.

—Pero, cariño, ¿qué te he hecho yo para que me desees tanto mal?

—¿No te gusto como esposa?

—Debes ser la esposa más encantadora del mundo... para otro.

—No digas eso o te sacaré los ojos, Cliff.

—Eso es lo que me gusta de ti, tu furia. Pero debías tener un poco más de seso. Estuviste a punto de estropear el asunto de Murton.

—Eso demuestra que necesito un hombre a mi lado para que me guíe. Y debes confesar que sólo gracias a mí vas a conseguir ese negocio de Unionville. Si yo no hubiese decidido enviudar de Arthur, no tendrías a Nilsson en tus manos.

—Sí, nena, hiciste un buen trabajo.

—¿No crees que el premio debe ser convertirme en la señora Grauman?

—¿No prefieres un collar de perlas auténticas?

—No, querido. Prefiero ser la señora Grauman porque, de esa forma, también conseguiré el collar de perlas.

Cliff soltó una carcajada.

—Si yo soy el mismo diablo, ¿qué eres tú, Shirley?

—Quiero ser la mujer de Lucifer.

Un empleado se acercó a la mesa.

—Señor Grauman, le llaman al teléfono en su despacho. Es Keller...

—¿Dijo lo que quiere?

—No, señor. Pidió hablar personalmente con usted.

—Está bien, Boris, ahora voy.

Cuando Boris se retiró, Shirley dijo:

—¿Por qué quiere hablarte Keller?

—Es un muchacho la mar de cumplidor. Le dije que después de matar a Murton podía irse con su novia. Me querrá decir que nuestro buen amigo Murton quedó enterrado en las arenas movedizas del pantano... Perdona, volveré enseguida.

Cliff entró en su despacho.

El teléfono número dos estaba descolgado sobre la mesa.

Ocupó el sillón y atrapó el auricular.

—¿Sí?...

No escuchó nada a la otra parte.

—Keller..., ¿estás ahí?

De pronto surgió una voz desde un sillón que estaba vuelto hacia el hogar.

—Keller no está ahí, señor Grauman.

Cliff dio un respingo al ver que del sillón surgía la figura de James Murton.

—¿Usted?

Murton se puso un cigarrillo en los labios.

—Sí, Grauman, soy yo... El tipo que cuando se cruzase en su camino, usted lo apartaría como si fuese una mosca.

Cliff señaló el auricular.

—Entonces, ¿quién estaba a la otra parte?

—Un amigo hizo la llamada por mí... Sólo quería que usted viniese aquí. Cuando su empleado salió para llamarlo, me metí en su oficina.

—Un buen truco, Murton... ¿Y cuál utilizó para desembarazarse de Keller?

—Rapidez mental y piernas. Bueno, también entraron en juego los puños.

—¿Keller está... muerto?

—Sí, Grauman. Su asesino particular ya no podrá presumir como carnicero.

CAPÍTULO XV

Grauman dejó el auricular en la horquilla.

Abrió un cajón.

Murton se movió muy aprisa, pegó un puntapié al cajón y Cliff soltó un aullido porque su mano quedó aprisionada.

Nadie le podía oír, porque las paredes de la habitación estaban acolchadas.

Cliff Grauman fue a levantarse, pero Murton le golpeó con el filo de la mano en el cuello.

El dueño del Club 21 se hundió en el sillón, abriendo mucho la boca para tragar el oxígeno que le hacía falta a sus pulmones.

Murton metió la mano en el cajón y sacó la pistola que Cliff había querido utilizar. Era negra, brillante.

Murton apoyó el cañón en la cabeza de Grauman y puso el dedo en el gatillo.

Casi instantáneamente, Grauman recuperó el resuello.

—¿Qué va a hacer, Murton?

—Saltarle la tapa de los sesos.

—No se atreverá.

Murton soltó una risita.

—Usted dijo en casa de Shirley que se había informado de mí. Si es así, sabrá que he desparramado los sesos de otros tipos como usted... Y quizá sepa también que los polis han querido retirarme la licencia por ello... Yo me defiendo ante el teniente Crosman. Le digo que sólo agujereo las cabezas de los hijos de perra como usted.

—Le daré dinero...

—No se puede imaginar la de veces que he oído la letra de esa canción. Todos los de su calaña, cuando tienen un revólver ante sí, ponen su vida en un platillo de la balanza y la plata en otro.

¿Cuánto calcilla que vale su vida, Grauman?

—Le daré cinco mil dólares.

—¿Está usted de broma, Grauman? ¿Sólo vale su vida cinco mil dólares?

—Diez mil.

Murton hizo chascar la lengua.

—Vamos, vamos, señor Grauman, un poco de formalidad o creeré que es usted un suicida. ¿Es usted de éstos?

Cliff Grauman había roto a sudar.

—¿Cuánto quiere, Murton?

—Le diré cuál es mi precio. Atrapará ese teléfono y marcará el número de la policía.

—¿Para qué quiere que hable con la policía?

—Déjeme terminar y lo sabrá. Preguntará por el teniente Crosman, y cuando él esté a la otra parte, le dirá quién asesinó a Arthur Chaney y quién acabó con la vida de Rudy Lederer.

—La segunda muerte me implicaría.

—Qué pena, se me está partiendo el corazón...

—No puedo hacer eso, compléndalo... Le daré veinticinco mil dólares.

—Ya estoy viendo el color de sus sesos...

—No lo hará, Murton.

Cliff Grauman vio la cara de Murton y supo que sí se atrevería.

—¡Espere!... ¡Llamaré al teniente Crosman!

—Dese prisa, porque siento un hormigueo en el dedo y sólo descanso cuando he disparado.

Grauman se dio mucha prisa en atrapar el teléfono más cercano.

Murton le dio el número.

—Por favor, con el teniente Crosman... Ah, ¿es usted?... Oiga, soy Cliff Grauman.

El dueño del local se interrumpió porque Murton le quitó el auricular.

—¿Crosman?

—¿Quién habla?

—Su amigo, el investigador privado James Murton.

—¡Murton!... ¿Qué infiernos está haciendo con Cliff Grauman?

—Teniente, sólo quería asegurarme que era usted efectivamente quien hablaba con Cliff... Ahora le concedo el uso de la palabra a

él... Escuche lo que le va a decir.

Devolvió el auricular a Grauman.

—Adelante, Cliff.

—¿No se puede arreglar de otra forma? —dijo Grauman cubriendo el micro con la mano.

—Ya agotó mi paciencia.

—¡No, espere!... —habló otra vez por el micro—. Teniente Crosman, Shirley Colton mató a su marido Arthur Chaney...

De pronto, sonó un estampido.

Murton levantó la mirada hacia la puerta de Ja habitación. Allí estaba Shirley Colton, que había entrado subrepticamente.

Era ella quien había disparado la pequeña pistola que sostenía en su derecha.

Murton hizo fuego cuando la joven se disponía a disparar contra él.

La bala golpeó el arma, que fue arrancada de la mano de la rubia.

Cliff Grauman seguía sentado en el sillón, muy quietecito.

En su cara había un gesto de asombro porque era así como lo había sorprendido la muerte.

El proyectil que le envió Shirley le había entrado por la frente.

La muchacha hizo rechinar sus dientes.

—Maldito..., ¿por qué obligó a Cliff a que dijese eso al teniente? Se podía haber arreglado... Usted nos habría sacado mucho dinero.

Murton sacudió la cabeza.

—Sí, señorita Colton, es posible que hubiese logrado sacarles mucho dinero, pero las cosas quedan mucho mejor así.

—¡No podrán conmigo!... ¡No tienen ni una sola prueba de que yo matase a mi marido! ¿Lo oye bien? ¡Ni una sola!

—No sea tonta, Shirley, le conviene pagar por la muerte de su marido... Usted no preparó su asesinato. Eso lo admití... Usted lo mató porque se iba a divorciar de usted. Arthur la exaltó al enseñarle el anillo de pedida que iba a regalarle a Karen Robson.

Los labios de Shirley sonrieron.

—No había pensado en eso. Pero se me ocurre una cosa mejor.

—¿Cuál?

Shirley echó a andar hacia James, Lo hizo felinamente, cruzando las piernas.

—Jimmy, eres el hombre con el que siempre he soñado...

Llegó ante él y le echó los brazos al cuello.

El se quedó quieto y Shirley lo besó ardorosamente en la boca.

—Jimmy..., hemos de arreglar eso cuanto antes. Se te ocurrirá algo para cuando venga la policía... Tú y yo hemos de quedar libres. Voy a tener mucho dinero.

—No podrás disfrutarlo, nena, porque a ti te espera una larga temporada de cárcel.

Shirley soltó un chillido, apartándose de él.

—¡No puedes hacerme esta jugarreta, Murton! ¿Es que todavía no lo has comprendido?... ¡Nos quedaremos con el negocio de Cliff!

—No, nena.

—¿Por qué? ¿Es que no me deseas?... Recuerda tus propias palabras. Yo poseo armas que nunca habías visto en otra mujer.

—Sí, eso es cierto. Eres muy seductora, pero yo no hago tratos con asesinos.

CAPÍTULO XVI

El alcalde de Unionville, William Nilsson, levantó su copa llena de champaña.

—Por nuestro triunfo...

Brindaron con Nilsson su secretario, Clark Blood, y el periodista del Centinela Eric Brent.

Clark Blood dijo:

—Señor alcalde, la encuesta marcha de maravilla.

—Lo celebro, Clark.

—Ya le dije que era una buena idea... —Clark consultó unos papeles—. Un noventa y cinco por ciento de las personas preguntadas dicen que la mujer de un funcionario público debe ser intachable en su vida privada... Un tres por ciento no tienen opinión... Sólo un dos por ciento dicen que la vida privada debe estar separada de la vida pública...

—Sí, Clark. Admito que la encuesta es un éxito.

—Yo diría más... Demuestra claramente que, en este momento, usted ha dejado de tener un enemigo para las próximas elecciones...

—Eh, Brent —dijo el alcalde—. No he leído en tu diario la noticia de que ese sabueso de que me hablaste, James Murton, haya sido encontrado muerto.

—El empleado de Grauman debió dejarlo en el pantano, y quizá pase mucho tiempo antes de que lo descubran.

—Sí, eso debe ser. De todas formas, gracias por lo que has hecho, y ahora, acabó la fiesta. El alcalde de Unionville tiene mucho trabajo —dijo las últimas palabras de buen humor.

—Quiero hablar con usted, alcalde.

—En otro momento, Eric.

—Ha de ser ahora.

Nilsson se quedó serio, pero de repente se echó a reír.

—Está bien, habla...

El periodista miró al secretario.

—¿Tienes inconveniente en dejarnos solos, Clark?

El secretario miró al alcalde, y éste le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Clark Blood salió del despacho.

Entonces, el alcalde cruzó las manos sobre el pecho y dijo:

—Ya estamos solos, Eric. Te escucho.

—Verá, alcalde, he pensado fundar un nuevo periódico...

—¿Qué tontería es ésta?... Tenemos dos diarios, y uno de ellos, El Centinela de Unionville es bueno.

—Un basurero, eso es lo que es.

—Eric, ¿necesito recordarte que trabajas en ese basurero?

—Sin embargo, no me retracto. Yo quiero algo mejor para Unionville. Un verdadero diario como los que se tiran en Nueva York, en Chicago o en cualquier otra ciudad importante... He soñado con maquinaria último modelo, con un buen edificio, propiedad mía...

—Oye, Eric, está bien que sueñes, es lógico. Si los jóvenes no tuviesen ilusiones, ¿qué sería del progreso?

—Era un sueño, pero lo voy a convertir en mía realidad, y usted me va a ayudar.

—¿Yo?... No, Eric, te equivocas, nunca me han gustado esa clase de negocios.

—¿Por qué no, alcalde?

—Tengo buena Prensa. Los dos periódicos locales, especialmente el tuyo, se ocupan muchas veces de mí, y siempre lo hacen en términos elogiosos... Naturalmente, yo sé devolver los favores. Sean Lawton iba a ser desahuciado, pero yo lo arreglé. Ahora tiene un nuevo contrato por cinco años. Sí, Brent, sé devolver los favores.

—Es cierto. Yo hice algo por usted, y voy a recibir a cambio dos mil cuatrocientos dólares, supuestamente por redactar unos discursos.

—Celebro que estés satisfecho.

—No he dicho que lo esté.

—¿No?... Yo creí que dos mil cuatrocientos dólares eran un buen pago por unos discursos que no vas a redactar.

—Señor alcalde, he hecho por usted algo más que facilitarle la reelección. Me he manchado las manos de sangre.

Hubo un silencio.

—¿A quién mataste, Eric?

—No, yo no maté a nadie. Pero me hice encubridor del asesinato de esa mujer, Rudy Lederer.

—Te dije que no me hablastes más de ella.

—Es necesario. Estamos solos, alcalde, por eso hice salir a Clark.

Nilsson se pasó una mano por la mejilla. Ahora su gesto era grave.

—Brent, no me gusta nada la forma en que estás enfocando este asunto.

Eric sonrió.

—¿Qué creía, alcalde?... ¿Qué iba a trabajar por amor al arte?... ¿Pensó que soy un admirador suyo y que llegaría a cualquier cosa por mantenerlo en ese sillón? Baje de la nube, señor Nilsson. Usted está ahí por halagar su ego, porque quiso llegar alto... Yo también quiero llegar.

—He dicho antes que me parece muy bien que un joven sea ambicioso, pero todo tiene su límite... Yo he tenido que esperar muchos años antes de ocupar la alcaldía de Unionville. Lo que uno desea no es obra de un día. Hay que trabajar con ahínco, sin desmayo...

—Deje los sermones para su casa, para los estúpidos que lo quieran escuchar en este salón, o para las damas caritativas de la señora Sullivan.

—¡Basta, Brent! —exclamó Nilsson pegando un puñetazo en la mesa.

—Sí, yo también prefiero ir al grano.

El rostro del alcalde pareció convertirse en granito.

—No permito que nadie me pise el cuello, Eric.

—¿Quién le va a pisar el cuello, alcalde?

—Trabaja a mi lado y dentro de algunos años llegarás a tener lo que quieres, pero no hagas el gallito ni alces demasiado la voz.

Brent ladeó la cabeza.

—Quiero mi periódico, y usted me lo va a pagar. En total sólo costará veinticinco mil dólares.

—¿Te has vuelto loco?

—Quedaré debiendo otros diez mil, pero los iré pagando poco a poco.

—Está bien. Haré las gestiones para que el Banco Industrial te haga un préstamo por esos veinticinco mil dólares... Quizá no sea tan difícil conseguirlos. El Banco se reservará una hipoteca.

—No, alcalde, nada de hipotecas... Usted me dará los veinticinco mil dólares que necesito.

—¿Yo?... No sabes lo que dices.

—Y va a ser a fondo perdido.

Nilsson hinchó los pulmones de aire.

—Si hay algo que desprecio en la vida, es a los chantajistas.

—Cuidado, alcalde, no debería decir eso —repuso Brent sin dejar de sonreír.

—Pareces olvidar algo, Eric.

—¿Qué cosa, alcalde?

—Eres tú quien se ha relacionado con la gente de Nueva Orleáns, el que sabe de qué forma murió esa mujer, Rudy o como quiera que se llamase. Y lo mismo puedo decir con respecto a la muerte del investigador privado.

—Conque ésa es su forma de proceder.

—Sí, Eric —sonrió frío Nilsson—. Tú fuiste mi testaferro, mi hombre de confianza, pero nunca podrás demostrar que yo te envié a Nueva Orleáns para preparar una encerrona a mi rival en la candidatura, Preston Collier.

—Se equivoca.

—No, Eric... Ya sé que tú podrías decir lo contrario, pero sería tu palabra contra la mía. No puedes demostrar nada.

Brent metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de cinta magnetofónica.

—¿Qué es eso?

Eric se dirigió al magnetofón que descansaba sobre una mesa.

—Con su permiso, alcalde.

William Nilsson enmudeció mientras Brent desmontaba la cinta que estaba puesta y la sustituía por la que había sacado de su bolsillo.

La cinta se empezó a deslizar cuando Eric le dio a la llave adecuada.

—¿Qué es lo que tramas, Brent?

—Silencio, alcalde. Quiero que oiga esto.

La cinta se deslizaba produciendo un suave chasquido.

De pronto oyó un diálogo:

«—Brent, quiero enseñarte una fotografía.

»—¿De usted, quizá, señor alcalde?

»—No, es de una mujer. Quiero que me digas a quién te recuerda.

»—Demonios, es la señora Collier... Pero no puede ser... está casi desnuda...

»—Claro, lo está porque hace *strip-tease*.

»—Señor alcalde, ¿qué broma es ésta?... Ya comprendo, es una de esas fotos compuestas. El cuerpo es de una mujer y la cabeza de la señora Collier... Una foto de laboratorio.

»—No, Brent, mírala bien. Las fotos compuestas se notan, y tú lo debes saber mejor que yo porque trabajas en un periódico.

»—Entonces, ¿quiere decir que la señora Collier...?

»—Sí, Brent, está fuera de toda duda. Tengo la impresión de que la señora Collier se dedicó a enseñar sus encantos antes de ser la esposa de Preston».

El alcalde se levantó de la silla con brusquedad.

Se abalanzó sobre el magnetofón y dio vuelta a la llave que lo detenía.

Su rostro estaba congestionado.

—Puede destrozar la cinta, si quiere, alcalde —dijo Eric—. Sólo es una copia.

—De modo que registraste nuestra conversación en tu despacho...

—Sí, señor alcalde, tengo la costumbre de registrar las conversaciones que sostengo con las personas importante de Unionville... ¿Quiere que le diga lo que continúa? Usted ya había investigado todo lo referente al pasado de la señora Collier. Se había llegado a Nueva Orleáns y hasta visitó el local La Llama Roja. Da esa forma pudo saber que Rosalind Collier no era otra que Karen Robson. Pero resultó que Karen Robson no sólo había sido una bailarina... Era una mujer mucho más importante porque daba la casualidad de que cierto día, tres años atrás, disparó contra su patrón Arthur Chaney, matándolo en el acto.

—Cállate, Eric...

—Todo eso está en la cinta, señor Nilsson, lo mismo que su oferta de que yo trabajase para usted... Naturalmente eso no lo habrá dicho a nadie, ni siquiera a su secretario. Ya lo imaginé. No podía hacer confidente de una cosa como ésa ni siquiera a la persona más allegada a usted... Creyó que eso quedaría entre nosotros dos, y tengo que darle una buena noticia, señor alcalde. Así ha sido... Pero puedo darla a la publicidad cuando a mí me convenga... Métselo en la cabeza.

—Una cinta magnetofónica no es prueba ante un tribunal.

—No, ya sé que no, señor alcalde... Pero ¿quién pretende condenarle ante un tribunal?... Yo sólo me conformaría con que le condenase la opinión pública. Ande, dígame lo que pasaría si los ciudadanos oyesen esa cinta... Respóndame que no le importa y distribuiré media docena de copias por ciertas casas de la ciudad... Sí, señor alcalde, le haré ese regalo si usted quiere.

—Tú también te hundirías.

Brent soltó una carcajada.

—¿Hundirme yo?... ¿Cómo puede ocurrirme eso si gano trescientos dólares en El Centinela? Sólo soy un periodista que va de un lado a otro de la ciudad, halagando a los poderosos... ¿Sabe dónde vivo, señor alcalde? ¿No se le ha ocurrido preguntármelo todavía? Yo se lo diré. Vivo en una pensión, cuidando el jabón con que me lavo para que dure más, observando el cuello y los puños de las camisas para darles la vuelta en el momento oportuno, dando la espalda a una chica cuando me la tropiezo en un bar para ahorrarme la invitación.

—Muchacho, no hace falta que sigas. Yo me voy a ocupar de ti ahora.

—Pagándome veinticinco mil dólares.

—Es demasiado dinero...

—Los pagará o acabará con usted.

—Tendrás que conformarte con menos.

—No, alcalde. Dije veinticinco mil y no rebajo un centavo... Se lo hago barato. Tenga presente que también incluyo otro servicio... No habría encuesta si no fuese por mí. Ya se lo dijo antes su secretario... Su popularidad ha aumentado mucho desde que el pueblo se informó que Preston Collier tiene una mujer que no es decente. Pero el pueblo no sabe que usted es más indecente que

Preston Collier.

—¡Eric, no te consiento...!

—Usted me va a consentir muchas cosas... ¿Cree que no sé la clase de relaciones que sostiene usted con su secretaria Doris? Le puedo decir dónde tienen ustedes su nido. En un chalet de la montaña, donde usted supuestamente va a pescar, cerca del lago George.

—¡Cállate!...

—¿Quiere que le hable de sus relaciones con la esposa de Clark Blood?

—¡Cierra la boca he dicho!

—Tranquílcese, Clark Blood lo sabe.

—¿Qué?

—Clark Blood sabe que su esposa y usted sostienen relaciones íntimas... Pero se hace el tonto porque a él le importa tres rábanos. Lo importante para Clark es medrar...

—De modo que me has estado espiando...

—Sí, alcalde. Lo he estado espiando y conozco la mayor parte de los manejos sucios que realiza usted en esta ciudad... Sé, por ejemplo, que tiene un tanto por ciento de los beneficios de tres garitos. ¿Qué clase de tacaño es usted? Le pido sólo veinticinco mil dólares y pone el grito en el cielo...

El alcalde estaba vencido.

Se hundió en el sillón y movió la cabeza de arriba abajo.

—No continúes, Eric. Tú ganas.

—No, alcalde. Los dos ganamos...

—Tendrás tus veinticinco mil dólares.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe.

Se oyó la voz del secretario:

—No puede entrar, señor Murton... Le he dicho que el alcalde está celebrando una reunión importante...

Eric Brent dio un respingo al oír el nombre de Murton. Miró hacia el hueco y creyó que la sangre se le helaba en las venas al ver al investigador privado que había dado por muerto.

Clark Blood correteaba detrás de Murton.

—Señor alcalde, lo siento. Este caballero ha entrado aquí por la fuerza. Le dije que esperase, que lo anunciaría...

James Murton se detuvo. Miró a Brent y luego al alcalde.

—Señor alcalde, quiero que me conceda unos minutos.

—¿Para qué, señor Murton?

—Estoy haciendo una encuesta... Quiero que, como primera autoridad municipal de Unionville, me conteste la siguiente pregunta: «¿Es usted un reptil o un ser humano?»...

CAPÍTULO XVII

Se había hecho un silencio impresionante en la oficina del alcalde de Unionville.

William Nilsson se incorporó poco a poco del sillón. Sus ojos estaban congestionados.

—Señor Murton, está ganándose una temporada de cárcel. No puede insultar a un alcalde. ¿Es que no lo sabe?

—Señor Nilsson, vamos a dejarnos de sandeces. Aquí vamos a hablar como lo que somos.

—¿Qué quiere decir?

—Usted ha cometido un delito. Es cómplice de un asesinato.

—¡No puede acusarme de eso!

—Claro que puedo... Shirley Colton cantó.

—No sé quién es Shirley Colton.

—Será un estúpido si mantiene esa actitud, alcalde. Yo lo sé todo... Y también lo sabe la policía de Nueva Orleans... Puede confirmarlo si gusta... Hable con el teniente Arnols Crosman y él le dirá muchas cosas... Pero, sí es la mitad de listo de lo que cree ser, no dará lugar a que esto siga adelante...

El alcalde desvió los ojos hacia Eric Brent.

—¿Tú eres el que lo iba a arreglar todo?

—No comprendo... —balbució el periodista.

—¡Claro que no comprendes! ¡Eres un inútil!... ¡Y tú con sacarme veinticinco mil dólares por tus servicios prestados!... ¡Sólo has hecho que ponerme la soga al cuello!...

Eric Brent hizo un movimiento con la diestra y sacó un revólver del bolsillo interior de la chaqueta.

Apuntó al investigador privado.

Entonces, sus labios sonrieron.

—No se preocupe, alcalde. Yo voy a arreglar este asunto.

—¿Qué vas a hacer, Eric? —inquirió Nilsson.

—Voy a matar a Murton, ya que Cliff Grauman no pudo con él...

—¡No puedes matarlo aquí!

—¿Por qué no, alcalde?

—¡Estás loco! Llévatelo fuera de la ciudad...

—No, alcalde. Lo voy a ajusticiar en su despacho... Los tres diremos que fue en legítima defensa... Este investigador privado tiene mala fama en Nueva Orleans. Sí, alcalde. James Murton es un hombre siempre dispuesto a sacar la pistola. Vino aquí a chantajearle, pero usted se negó a pagar. Murton lo amenazó con su pistola... Yo obré como corresponde a un ciudadano... Saqué mi pistola y apreté el gatillo... ¿Ve qué fácil es todo?

El alcalde se mojó los labios con la lengua.

—No está mal, ¿verdad, Clark?

—No sé qué decirle, alcalde. Después de todo, va a ser un asesinato.

—¡Calla, estúpido! —dijo el periodista.

James Murton intervino:

—Siento deshacerle la comedia, Brent... Nunca podrá salir como usted ha dicho...

—¿Por qué no?. ¿Quién lo va a impedir?

—Vine aquí desarmado.

Sobrevino una pausa.

Clark Blood gritó:

—¡No puede matarlo, Brent!

—Cállese... No sabemos si dice la verdad... No creo que Murton haya venido aquí desarmado.

El alcalde se levantó del sillón.

—Yo mismo lo comprobaré.

William Nilsson rodeó la mesa y se acercó a Murton.

Cometió el error al querer desarmarlo por delante.

James Murton desenfundó la pistola de la axila.

—¡Apártese, alcalde! —gritó Eric Brent.

Pero ya no valía de nada que Nilsson se apartase porque James tenía la pistola en la diestra.

Eric Brent disparó dos veces.

Las dos balas se enterraron en la espalda de William Nilsson.

Murton hizo fuego.

Su proyectil golpeó contra el hombro de Eric Brent.

Éste giró como una peonza y dejó caer su arma en el suelo.

—Dios mío —dijo el alcalde, y se derrumbó sin vida.

La cara de Clark Blood estaba blanca como el yeso.

—Qué tragedia —dijo—. Qué tragedia...

—Llame al *sheriff* —le ordenó Murton.

* * *

Estaba diluviando sobre la ciudad de Unionville.

James Murton salió de la oficina del *sheriff* acompañado por Preston Collier.

Se detuvieron en el porche y miraron la calle barrida por la lluvia.

—Murton, usted ha hecho por esta ciudad más que cualquiera de nosotros.

Murton señaló la oficina del *sheriff*.

—Garrick también estaba implicado y continúa ostentando su estrella.

—Algún día será barrido.

—Sólo lo será si usted ocupa la alcaldía...

—No quiero ser candidato.

—¿Por qué no?... ¿Porque su mujer fue una bailarina de *strip-tease*?... ¿Siente vergüenza por eso? Yo pienso que importa poco lo que haya sido una persona, fes más Interesante cómo es en la hora actual... Admito que su elección será difícil. Pero debe luchar, si usted cree que puede ser útil a su ciudad...

—Rosalind piensa lo mismo que usted.

—Celebro que ella y yo coincidamos...

—Lo pensaré.

Preston Collier tendió su mano y James Murton se la estrechó. En la oficina del *sheriff*, Collier le había pagado a Murton sus honorarios agregando un cheque de quinientos dólares. Sólo gracias al trabajo de Murton se había demostrado que Rosalind, o Karen Robson, era inocente de la muerte de Arthur Chaney.

—Buena suerte, candidato —dijo Murton.

Preston Collier le dirigió una sonrisa y se apartó del investigador

privado para reunirse con su mujer.

James Murton quedó a solas en el porche de la comisaría.

Pensó que si tomaba el avión, en una hora podría estar aquella noche en Nueva Orleáns. Cuando llegase, desde el mismo aeropuerto llamaría a Nancy. La invitaría a cenar, y más tarde darían un paseo por el lago de los sauces. Nancy lo insultaría mucho, como siempre, pero finalmente aceptaría su invitación. Necesitaba la compañía de Nancy.

De pronto, vio que una mujer bonita se dirigía hacia él.

—Perdone, señor... Mi nombre es Janet Donen. Estoy haciendo una encuesta, ya sabe, interrogo a los ciudadanos acerca de algunas cuestiones. ¿Puedo preguntarle a usted?

—Desde luego.

—¿Su nombre?

—James Murton.

—¿Profesión?

—Investigador privado.

—Señor Murton, ¿cree usted que un hombre puede ocupar el cargo de alcalde cuando su mujer ha dado lugar a un escándalo?

Murton dio unos pasos hacia la escalera del porche y se agachó tomando del suelo un poco de barro.

La joven lo miraba con las cejas enarcadas.

Murton alargó la mano fuera del porche.

La lluvia empezó a caer sobre su palma, arrastrando consigo la tierra...

Cuando Murton tuvo la mano limpia, sonrió a la joven y echó a andar en busca de un taxi que lo condujese al aeropuerto.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).